

Narciso Garay

# Tradiciones y cantares de Panamá



Gonzalo Brenes Candanedo

## Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá



*Biblioteca de la Nacionalidad*  
**AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ**





Tradiciones y cantares  
de Panamá



Los instrumentos de la etnomúsica  
de Panamá



Bajo criterio editorial  
se respeta la ortografía de los textos  
que presentan arcaísmos  
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,  
algunos textos se presentan  
sin ilustraciones y fotografías  
que estaban presentes en el original.

•••••



Narciso Garay

# Tradiciones y cantares de Panamá

*Ensayo folklórico*



Gonzalo Brenes Candanedo

## Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD  
DEL CANAL DE PANAMÁ  
**PANAMÁ 1999**



**Editor**

*Autoridad del Canal de Panamá*

**Coordinación técnica de la edición**

*Lorena Roquebert V.*

**Asesoría Editorial**

*Natalia Ruiz Pino*

*Juan Torres Mantilla*

**Diseño gráfico y diagramación**

*Pablo Menacho*



P.  
864  
G212

Garay Díaz, Narciso E.  
**Tradiciones y cantares de Panamá:** ensayo folklórico/  
Narciso E. Garay. — Panamá: Autoridad del Canal, 1999.  
v.9. 300 págs.; 24 cm.—(Colección Biblioteca de la Na-  
cionalidad)  
Contenido: v.9 Los instrumentos de la etnomúsica de Pa-  
namá, de Gonzalo Brenes Candanedo.  
ISBN 9962-607-05-1  
1. ENSAYOS PANAMEÑOS.  
2. LITERATURA PANAMEÑA—ENSAYOS.  
3. FOLKLORE—PANAMÁ. I. Título.

La presente edición se publica con autorización de los propietarios  
de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio,  
sin permiso escrito del editor.

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista  
de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA  
DE LA NACIONALIDAD**  
Edición conmemorativa  
de la transferencia del Canal a Panamá  
1999

## **BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD**

**A** esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La **Biblioteca de la Nacionalidad** constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

**Ernesto Pérez Balladares**  
Presidente de la  
República de Panamá





---

Narciso Garay  
Tradiciones y cantares  
de Panamá

*Ensayo folklórico*





## Prólogo

Desde los inicios del Siglo XX el estudio y difusión del folklóre panameño cuenta con una monumental y pionera contribución, *Tradiciones y cantares de Panamá* de don Narciso Garay Díaz.

Hombre de letras, fino violinista, abogado, diplomático y crítico de arte, amigo de la Demosofía, erudito de grandes dotes, Narciso Garay Díaz, es un admirador y seguidor de las novedosas ideas del pensamiento universal, particularmente de Sir James C. Frazer, etnólogo, folclorista y psicólogo inglés, y de Augusto Comte, sociólogo francés y su curso de filosofía positiva.

Tal es la influencia que ejerce Frazer en la personalidad intelectual de Garay que al intentar describir su excelsa publicación de 1930 afirmó en su artículo “Reminiscencias de un folclorista”, que “hay algunas páginas dedicadas a la música, la poesía, los usos y costumbres de dos de nuestras principales tribus de aborígenes panameños: los cunas y los guaymíes, y nadie que se interese medianamente en cuestiones de etnología, folklore, indigenismo, siquiera sea a título transitorio, como nosotros, tiene derecho a ignorar el aporte colosal de Frazer al estudio de las razas inferiores, no civilizadas o salvajes, y de las manifestaciones *sui generis* de su actividad espiritual”.

Esta convicción se deja sentir en el enfoque que Garay le da al estudio del mundo espiritual y material de nuestros aborígenes. Fue defensor del principio que tienen nuestros “hermanos” de practicar y preservar su entorno cultural, rechaza la forma de pensar de muchos letrados de la urbe citadina, quienes opinan que se debe eliminar todo

vestigio de primitivismo e integrar a la civilización aquellos sectores de población sin importar el valor de sus tradiciones y valores culturales heredados y practicados a diario.

“Conocer a los indios de San Blas, panameños como yo y hermanos míos de nacionalidad; estudiar de cerca sus costumbres, sus peculiaridades y características propias, o siquiera los signos exteriores de ella...” es el objetivo del viaje de Garay a la Comarca Kuna Yala. Esto tiene tanta trascendencia en la conciencia del autor como su convivencia con Paul Rivet en el Museo del Trocadero o con el barón Erland Nordenskjöld y su baronesa en las riberas del Sena en París, Francia.

A su decir, “el primitivo no cree, como Calderón, que los sueños, sueños son; para él los sueños son realidad y de esa dualidad, dice Garay, infiere la dualidad de su propia existencia. Cree en la existencia dual de los muertos y los ausentes con quienes conversa, discute y combate en sueños”. Para él es imposible no estar de acuerdo con esta hipótesis animista.

Los cunas tienen un empeño en aplicar a todas sus obras el principio universal de la dualidad, dice Garay. Tienen una filosofía naturista común a toda la región naturista en donde “el sol y la luna son esposos en el cielo; el hombre y la mujer en la tierra”.

Destaca cómo en todos los órdenes de la vida ellos ven prevalecer uno y otro principio. Todos sus instrumentos se hacen y se ejecutan a pares: el Tolo, el Kamu y el Kamu, purruí. Según la tradición cuna éste último instrumento presenta el caso de un matrimonio ideal en que los dos cónyuges se auxilian mutuamente y por igual.

Es un diálogo entre el suarta y suarra. He aquí el afán de Garay en describir los bailes indígenas Cunas y Guaymíes, testimonio de gran riqueza etnológica que es de verdadera utilidad para los que siguen sus pasos en la gestión investigativa. ¿Qué se sabe sobre el himno Kalis Igala que sirve para cerrar los regocijos sociales?

La dotación de una cultura permite al autor identificar las características de cada interpretación oral musical, que recoge y transcribe en innumerables pentagramas.

El acopio de todo este rico material permite hacer estudios comparativos dentro de la propia realidad circundante de la época y de los vestigios posteriores que hoy poseemos.

Más que las descripciones esporádicas de objetos materiales como bohíos, instrumentos musicales, ornamentos religiosos y otros, la mayor contribución de Garay radica en la recolección y presentación de los textos de los cantos y las anotaciones musicales que empleaban para expresar su rico acervo cultural.

Por la naturaleza de su estructura, *Tradiciones y cantares* está salpicada de varios aspectos. El autor, en un alarde no manifiesto de descripción, va intercalando sus experiencias con la tripulación del barco, los castillos de Portobelo, poblados, iglesias, carreteras que transcurren en una lectura amena y distraída; su amplio repertorio de fotos deja un testimonio de sitios, objetos y personajes que toman eternidad en estas imágenes que la cámara fotográfica capta de aquellas andanzas.

Su obra con sabor a novela, deja una sensación de un rico país cultural por descubrir. Aquí todo está por hacer y conocer; la recopilación, la clasificación e interpretación de todas aquellas formas de vida espiritual con sus componentes de contactores de espíritus, de los narradores de las tradiciones de sus antepasados, queda por hacer.

El espíritu nacionalista que conduce a Garay tiene sus antecedentes en la formación de aquella escuela francesa que reclamaba la vuelta a los valores nacionales, la búsqueda y la exaltación de las costumbres y formas de vida de los pueblos.

Garay es el exponente de una “inteligencia y patriotismo que enaltecen nuestros primeros pasos como nación libre y soberana. La misión oficial de investigación folklórica, primera y única que, hasta ahora, ha propiciado el Gobierno Nacional, produjo un aporte valioso a la cultura nacional y ha prestado el importante servicio de informar a la gente más culta en Panamá, sobre el tesoro musical popular que venía ignorando” a decir de Gonzalo Brenes.

Por todo esto el contenido de su obra refleja una doble preocupación; en una dirección, lo INDÍGENA, con la descripción y anotación

de su música y cantos tradicionales y por otra, la Lírca Criolla en donde se abordan las tradiciones de las comunidades interioranas, ricas en material folklórico, musical, teatral, dancístico religioso y profano.

Los textos o parlamentos de las danzas de Corpus Christi no han perdido vigencia luego de setenta y nueve años. La comunidad de La Villa de Los Santos conserva y practica con particular dirección y sentido de identidad y pertenencia, las danzas de Corpus como lo hicieron aquéllos que danzaron para el lente del ilustre visitante.

Su interés etnográfico queda fielmente registrado entre Son, Mejorana o Toletón, las disputas del juicio de ultratumba que dramatiza el Grandiablo, así como las coplas del mayoral que gula a los danzantes de El Torito.

*Dímele a la cocinera  
Que prevenga de almorzar;  
Que convide a tos los mozos  
y primero al Mayoral.*

Garay no dejó escapar detalle importante y aunque hoy se hace poco común ver Cucúas y Mantués, fue portador de noticias y fotografías que enriquecieron su presentación.

Las noticias del tambor son amplias y variadas. La rica variedad de formas y modos de bailar y cantar tambor son de gran trascendencia. Pareciera que la recolección plasmada en *Tradiciones y Cantares* nos permitiera corroborar la evolución, la fuerza de la dinámica cultural, tanto en las notas musicales como en su texto literario.

A la fecha, hoy es extraño para algunos compatriotas saber que *Golpe de Ciénega* es el nombre de un tambor Chorrerano. “Dale norte” o “Norte Seco”, es propio de los tambores montijanos en donde esta melodía comienza con “la dominante, resuelve luego en la tónica, modula enseguida a la tónica menor, encadena después a la dominante de la dominante para regresar a la dominante de la tónica, punto de partida”. Las transiciones del corrido al norte o del norte al corrido son otras de las enseñanzas de Garay.

¿Son acaso estas aportaciones simples relatos? Dejan mucho que decir si algo así lo aceptamos. Garay es un conocedor profundo del manejo musical y como tal ubica al tambor en primer lugar seguido de los ritmos de mejorana, tanto para bailar como para cantar.

Cuánto hubiéramos deseado que Narciso Garay tomara contacto con otros mejoraneros. José María Medina, *Chulla*, como popularmente se le conocía, no era el exponente más reputado de la región. Aristides Gil, Román Aizprúa, León Gutiérrez, Esteban Rodríguez, Andrés Castillo y tantos otros no llegaron a los escenarios de Garay; más aún, sus transcripciones son reveladoras para la comunidad nacional e internacional de ayer y hoy. Actualmente convivimos con un afán poco serio, en donde intérpretes de los tonos o torrentes no concuerdan con los legados tradicionales.

Entre tantos temas que sería justo comentar, me veo en la forzosa necesidad de referirme a un último aporte de Garay, aunque hay mucho de qué comentar.

Nuestra pollera, traje folklórico femenino nacional, que había recibido la atención culta de Belisario Porras, en su ensayo “El Orejano”, y de la hermana del autor, Nicole Garay, que se ocupa de describirla antes de finales del Siglo XIX concita la atención de Garay. Es admirable cómo se describe lo siguiente: “la tela empleada era el holán de hilo a dibujos de colores y para el diario usaban la enagua de Zaraza o percal y la camisa de un solo cuerpo, es decir, que no llevaba más que un volante. La pollera no llevaba entonces encajes en orla. Los zapatos de cuero o pana negra, sustituían a los de raso”. Si se leyera esta descripción, se evitaría un poco ese desorden que algunos creen ver como lo correcto. Todo cambia y ello es necesario, pero dentro de la aceptación del pueblo y sólo allí evolucionará el cambio de sus pertenencias.

Narciso Garay Díaz, autor de la obra que nos ha ocupado, nació en la ciudad de Panamá el 12 de junio de 1876. Su formación la recibe en Panamá y Cartagena, al igual que en Bogotá en donde recibe lecciones de armonía, filosofía y derecho. En 1897 se marcha a Francia en donde cursa canto, violín y composición musical.



En 1901 estrena en Inglaterra su *Sonata para violín y piano en Re Mayor*, tal vez su composición más notoria.

Entre sus múltiples creaciones se encuentra *Suite Antigua para piano*; *Cuatro canciones sobre textos de Baudelaire y Leconte de L'Isle*, *Le Chat*, *Recueillemente*, *Epiphanie*, *Le Parfum Imperissable*, *La Fuga en Re menor* con tres temas (1900) para cuarteto de cuerda.

En Londres presenta *Sonata para Violín y Piano* (1901) . En 1903 nos entrega *La Fantasía* en forma de sonata.

A decir de Eric Wolfschsoon, en *Las manifestaciones artísticas en Panamá*, Panamá 1983, Garay pertenece a “esa promoción de músicos latinoamericanos, en la que se incluyen el mexicano Ricardo Castro, el cubano Ignacio Cervantes, los argentinos Alberto Williams y Julián Aguirre, y el brasileño Alberto Nepomuceno, formados ejemplarmente en Europa, pero dispuestos a retornar a sus países de origen para dedicarse a la música culta, aunque manifiestan un profundo interés por las expresiones vernáculas”.

Otras contribuciones de Garay a la bibliografía son *Folklore hispanoamericano*; *El sentido de nacionalidad en el arte*; *El arte en Panamá*; *El aria y la sonata*; *La danza panameña y sus perspectivas de expansión geográfica*; *El Estado y la música en las Américas*; y *La Dama Boba de Lope de Vega* y *El tamborito de Panamá*.

De Narciso Garay Díaz se podrían obtener muchísimas cosas, pues su personalidad y producción son de gran alcance. Sólo quisiera recordar aquella frase de Robert Lehman Nitsche en *Adivinanzas Rioplatenses* cuando en 1899 dedica su obra “a los argentinos del 2010”.

*Tradiciones y Cantares* es eso; la obra precursora para la posteridad, la que futuras generaciones tendrán como obligante consulta pues su valor es permanente e incalculable.

**JULIO AROSEMENA MORENO**

Panamá, 1999.

*Panameña en traje de “pollera”.*



ALLARD L'OLIVIER PINXIT



## San Blas

**i** Las ocho! me dije azorado, y me incorporé de súbito en el lecho.

La luz del sol entraba como una bocanada de oro en polvo por la ventana abierta de la alcoba y casi me abría los ojos por la fuerza. Alargo el brazo para mirar el reloj, colocado en la mesa de noche al lado del velador, y veo con sorpresa que me he dejado coger del sueño un buen trecho.

Rápidamente hago mis abluciones cotidianas, me echo encima las ropas de vestir y salgo a la calle de gran prisa, a completar los preparativos de mi primera excursión marítima al Archipiélago de San Blas, antiguo Archipiélago de las Mulatas.

Tan bien trabajé esa mañana que a la hora precisa pude abordar el tren de mediodía en la estación del ferrocarril y atravesar el Istmo hasta el muelle de Cristóbal (Colón), donde atracaba el guardacostas *Panquiaco*, del Gobierno de la República, próximo a zarpar con dirección al archipiélago.

Llegado que hube a ese lugar, dos órdenes o grupos de ideas bullían simultáneamente en mi cerebro pugnando por exteriorizarse en alguna forma. La vista del *Panquiaco*, la más poderosa unidad de la flota panameña, hermana mayor de *La Estrella de Coto* y de las lanchas de motor *Claudio Iglesias* y *Mercedes*, se me antojaba la imagen viva de la política colonial —si así puede llamársela— practicada por la República panameña desde que Colombia le transmitió, por la fuerza de los hechos, la soberanía territorial, y con ésta el problema complicado de gobernar, educar y civilizar las tribus indígenas que sobre-

viven, dentro de nuestras fronteras, a los embates de la conquista y de la adversidad. Deducía esa analogía de procesos intelectuales demasiado complejos para ser descritos o explicados en estas páginas.

Pero aparte de esas imágenes interiores de que era símbolo tangible el guardacostas nacional, otras muchas imágenes y otros recuerdos surgían y se desintegraban sucesivamente en el *substratum* de la conciencia cuando me acordaba del objeto mismo de mi viaje: conocer a los indios de San Blas, panameños como yo y hermanos míos de nacionalidad; estudiar de cerca sus costumbres, sus peculiaridades y características propias, o siquiera los signos exteriores de ellas, ya que un lapso tan breve como el que iba a vivir entre ellos no permitía esperar mucho más.

Imbuido o saturado de principios humanitarios y pacifistas, los cunas o tules con quienes iba a codearme al siguiente día, no me parecían menos panameños ni menos hermanos porque pertenecieran a una de esas minorías de raza, de lengua y de religión a las cuales se extiende hoy en Europa la protección y la vigilancia de la Sociedad de las Naciones, por acuerdo de las grandes potencias. Por el contrario, esto avivaba mis simpatías hacia ellos y me predisponía a la benevolencia.

Todo el pasado de la raza supeditada revivía en un instante a mis ojos, entornados por el milagro del ensueño histórico-poético en que me parecía sobrenadar a la realidad viviente. ¡Acla! ¡Santa María la Antigua del Darién!... palabras mágicas que tenían para mis oídos la sonoridad argentina de las armaduras, el retintín de los aceros, las detonaciones de los mosquetes y las ballestas, y el estampido del cañón. Por otra parte, parecíame oír materialmente los zumbidos de las flechas que hienden el espacio, el estrépito de las macanas, los golpes secos de cuerpos que caen, la gritería salvaje de indiadas enardecidas, ... después, un verdugo que ejecutaba, un cadalso que se levantaba, una cabeza que rodaba por el suelo, y el primer acto de la conquista española en América había terminado.

¡Caledonia! ¡Puerto Escocés!.... repitiendo mentalmente estos nombres, creía asistir en persona al desastre de los proyectos forjados por la clarividencia de Sir William Patterson y de los fundadores de la

Compañía Escocesa del Darién para acrecentar el poderío del Imperio británico en la encrucijada marítima más importante de la tierra. Ardía en deseos de divulgar a los cuatro vientos y a grito en cuello las consecuencias funestas que las rivalidades de la política interna suelen acarrear para el porvenir de las naciones en asuntos fundamentales de su política exterior, y ardía en deseos también de presentar a mis compatriotas la obra de las disensiones británico-escocesas del siglo XVIII, como el espejo más edificante en que mirarnos pudiéramos los países pequeños y débiles del hemisferio occidental.

Entre los dos desastres del Darién: el parcial de los españoles en Acla y el total de los escoceses en Caledonia, vagaba la fantasía, ora entre los islotes del archipiélago, ora a lo largo de las costas del mar Caribe, o bien circunvalando el grupo de las Antillas Mayores y Menores, donde al conjuro de la imaginación reaparecían sobre el cielo azul las figuras de los piratas, filibusteros y bucaneros, voraces y odiosas, como nos las presenta la literatura histórica de nuestras escuelas hispano-americanas, apasionadamente nacionalista y tradicionalista. Llegado a una edad en que los prejuicios y las pasiones ceden al imperio de la razón, me ponía a dudar de la conveniencia de enseñar la historia patria a los niños de las escuelas en ese espíritu de intransigencia y fanatismo tan opuesto a la serenidad y al libre desarrollo del criterio individual, y me preguntaba si entre aquellos lobos de mar y forajidos desalmados que denigran nuestros manuales escolares, no había hombres como Wafer, como Oexmelin, como Drake, Parker, y el mismo Morgan, que rescataron sus crímenes, vicios y fechorías con grandes servicios rendidos a la ciencia o a su patria. Me preguntaba también con cierta insistencia si, después de todo, algunos lobos de tierra, de quienes se habla siempre en términos de respeto y veneración, tuvieron y tienen todavía una conciencia moral menos ancha que la de aquellos lobos marinos cuyo mayor delito fue la franqueza de su vida y el cinismo de sus acciones. Esos otros lobos terrestres, con muy raras excepciones, se muestran por regla general renuentes a rescatar sus malos hechos con proezas nobles y trascendentales del alcance de las que ejecuta-

ron los piratas de los siglos pasados dentro de las normas consagradas en su época acerca de lo que constituía el bien, la grandeza y las aspiraciones legítimas de las naciones.

Estas evocaciones y recuerdos mantenían el ánimo en un estado de alta tensión, rayano en la hiperestesia. El espectáculo de las calles de Colón, por las cuales ambulaba en espera de la noche; mi paso por fondas y hoteles, cabarés y restaurantes atestados de clientes de toda nacionalidad y catadura, tenía algo de maquinal, de inconsciente o más bien de doloroso, que yo mismo no acertaba a explicar. ¿Era acaso la protesta silenciosa del pasado y su intensa gloria poética, de que llevaba lleno el corazón, contra el relumbrón moderno de mal gusto? ¿Contra el progreso sin la tradición? Contra el bazar oriental, la sedería china y el *jazz* y el *fox-trot* del cabaré, sin raíces en la tierra, en la sangre y en el espíritu? ¿Presentiría de un modo subconsciente la amenaza que ofrecen para la unidad y la existencia nacional estos núcleos de poblaciones cosmopolitas que se forman a veces sobre territorios artificiales, disputados al mar, rellenos por medio de dragas y adjudicados luego, malamente apisonados, al mejor postor? Les faltan siempre los vínculos espirituales y aún los materiales: el *humus* vegetal que da el sustento a las generaciones humanas; el abono de las bestias que acompañan y ayudan al hombre en sus labores agrícolas; los ríos y los arroyos, los árboles y la selva, la flora y la fauna, con todo lo que ellos significan, expresan, sugieren...

Era pasada la media noche cuando presa de los más encontrados sentimientos y medio ebrio por las impresiones del día fui a dar con mi humanidad asendereada en la litera de uno de los pocos camarotes con que el Comandante del guardacostas nacional podía obsequiar a sus huéspedes. Dormí de un estirón el sueño más reparador de mi vida, sueño de justo, y desperté al amanecer aliviado y despejado, sintiendo que el barco estaba en marcha y tan pronto fluctuaba de popa a proa como de babor a estribor.

El Capitán del *Panquiaco*, hombre abierto y franco, preside la mesa a la hora del desayuno. Su hermano el jefe maquinista, el contador, el piloto y toda la oficialidad se dan cita a ese ágape matinal,

primer brote de la capacidad culinaria de *Pesetilla*, el Vatel de abordó. Somos huéspedes de honor el Intendente de San Blas y yo. Cuando la conversación pierde su trivialidad inicial para ir al fondo de las cosas, siento llegado el momento de descargar en parte el inmenso fardo moral que desde la víspera me agobiaba y oprimía. Todas las válvulas de escape de mi vida interior parecieron abrirse a la vez. Los comensales escucharon de sobremesa la apología de las razas americanas sojuzgadas, las epopeyas de piratas y bucaneros, el recuento de las glorias españolas en América, que pregonan, silenciosas y elocuentes, las ruinas de Panamá viejo y las de Portobelo, y un canto final a las fortalezas de esta última plaza, que no pudo llegar a término por haberse avistado de pronto la ciudad misma en el horizonte. Desbandóse la reunión y todos los pasajeros acudimos a la borda del vapor a ver surgir de entre las aguas la silueta de la antigua sultana del Caribe.

El Capitán se detuvo apenas a recibir el correo y tuvimos que resignarnos a contemplar la ciudad histórica desde cosa de media milla de distancia. Dolorosa decepción la mía cuando percibí de lejos las profanaciones consumadas por vándalos del lugar sobre esos muros sagrados; pero cuando descubrí los cuchitriles de madera vieja, entechados de hierro aherrumbrado y asentados sobre las paredes augustas de las antiguas fortalezas, mi indignación no reconoció límites. Dudaba todavía si estaba viendo realidades o ilusiones, pero me contuve al notar que mis sentimientos no encontraban todo el eco simpático que yo esperaba en el ambiente que me circundaba; más bien ocasionaban extrañeza. Me abismaba pensando ¡cómo no se han precipitado las autoridades, nacionales y municipales, a desmontar y desbrozar las ruinas! ¡cómo no se intenta reconstituir la vieja plaza fuerte por mediación de la Secretaría de Obras Públicas conforme a los planos antiguos que el archivo de Indias de Sevilla u otros archivos oficiales de España no tardarían en revelar! ¿No existe acaso un proyecto oficial para atraer el turismo a Panamá? ¿No se sospecha el interés ingente que esos muros agrietados y vetustos —testimonios mudos e irrecusables, preservados casi por milagro de la destrucción total y del olvido— encierran para los curiosos, los desocupados y los





Isla del archipiélago.

estudiosos de las cinco partes del mundo que vendrían a reconstituir aquí el drama histórico más emocionante que se planteó en los siglos pasados: la pugna secular entre las Españas de Carlos V y las grandes naciones comerciales de Europa? ¿Entre los dos espíritus —católico y protestante— que se disputaban entonces el señorío político y el de las conciencias religiosas?

De estas abstracciones en las cuales solía sumergirme profundamente, cuando no me engolfaba en la lectura de los libros de consulta que abultaban mi maleta de viaje, vino a sacarme la vista del próximo puerto de escala del *Panquiaco* en su ruta hacia la Intendencia de San Blas: Nombre de Dios; pero más que una escala regular, era otra parada de pocos minutos en la bahía para recibir el correo, como en Portobelo.

Todos nos apoyamos en el antepecho del puente a ver llegar la canoa del correo, pero con cierta indiferencia que contrastaba con el interés demostrado pocas horas antes a la vista de Portobelo. No que Nombre de Dios fuera un lugar desprovisto de todo valor histórico, no. Fue el puerto terminal del Istmo en el Atlántico hasta 1597. El camino interoceánico tuvo hasta ese año sus dos extremos en Panamá viejo, puerto del Pacífico, y Nombre de Dios, puerto del Atlántico. La

falta de fortalezas y de protección adecuada en época en que la piratería infestaba esos mares, indujo al ingeniero Pascual Antonelli a aconsejar la translación a Portobelo de los habitantes de Nombre de Dios, y así se cumplió. Pero el poderío español no dejó en Nombre de Dios, después de su destrucción por el pirata Parker, los recuerdos imperecederos que de él quedaron en Panamá viejo y en Portobelo.

Nombre de Dios se pierde por fin de vista y el Mar Caribe, alborotado, hace bailar al *Panquiaco* una jiga tan endiablada que creí prudente, no obstante mi reputación de buen marino, tenderme en la litera del camarote en espera de mejor tiempo.

Así perdí durante aquel día una gran parte del panorama que ofrecen al viajero las islas del archipiélago, escalonadas en número mayor de cuatrocientas, a trechos bastante regulares, entre la Punta de San Blas y el confín oriental del territorio nacional fronterizo con Colombia.

Cuando el mar se apaciguó y aparecimos de nuevo en el puente del navío el Intendente de San Blas y el autor de estas líneas, el *Panquiaco* navegaba en el corazón mismo del archipiélago y las islas coronadas de palmeras revivían a mis ojos, eternos e incorregibles cazadores de recuerdos históricos, los jardines flotantes de Semíramis, Reina de Babilonia. Una discusión acerca de la política colonial del Gobierno de Panamá, que se había interrumpido esa mañana poco después de iniciarse, fue reanudada en la tarde, hallándonos ya cerca de la meta de nuestro viaje, cuando reafirmé —no recuerdo con qué motivo— mi opinión de que sólo mediante la educación y métodos de penetración suaves, podía conquistar el Gobierno de la República la buena voluntad de los indios de San Blas. Estas escaramuzas verbales trajeron pronto a discusión el levantamiento de los indios en 1925, la matanza de panameños y la intervención que en esos sucesos tuvo Mr. Richard O. Marsh.

—“Pocas personas” —decía uno a bordo— “pueden hablar de estos sucesos con tanta autoridad como yo que pude seguirlos paso a paso desde su período de incubación y los vi desarrollarse en el teatro mismo de los acontecimientos”.

La curiosidad de los oyentes avivada por este preámbulo, hizo que todos nos acercáramos al relator, lo rodeáramos y siguiéramos de hito en hito sus palabras.

—“Cuando Mr. Marsh” —dijo— “obtuvo permiso del Gobierno de Panamá para organizar una expedición exploradora de la Provincia del Darién (se refería el opinante a la expedición de carácter científico que bajo los auspicios de la *Smithsonian Institution* de Washington, y del Museo Nacional de Nueva York llevó a cabo Mr. Marsh en 1923), embarcóse en Panamá con su gente y penetró en el Darién por el Real de Santa María, atravesó la cordillera, remontó el Río Chucunaque y después de muchos meses fue a salir al Atlántico por Puerto Escocés, Bahía de Caledonia, donde estableció su cuartel general. Allí se puso al habla con Horacio Blackwood que está aquí presente” —era, en efecto, el piloto del Panquiaco— “a quien pidió que le consiguiera en las islas del archipiélago unos cuantos albinos indios o indios blancos, como él los llamaba, para llevarlos a Estados Unidos y exhibirlos allá con sus familiares. ¿Es verdad lo que estoy diciendo, Black?”

El piloto asintió con un signo de cabeza y el exponente prosiguió: —En el vaporcito Norte se hizo a la mar Blackwood y regresó en breve trayendo la siguiente comitiva: Jim Berry, de Narganá, y su mujer Inés Berry, que ya es muerta, padres los dos de la albina Margarita Campos que venía con ellos y era entonces una niña. Olo, un varón albino que murió hace poco en la isla de Aligandí; Alfredo, hijo del *nele*<sup>1</sup> de Ustupu; Igua Nigdibippi, *kantule*<sup>2</sup> de Aligandí, y Philipp, indio de la Isla de Tigre. Por todo, ocho personas. Marsh los llevó a Estados Unidos en 1924 y allá los mantuvo siete meses exhibiéndolos como los pseudo *indios blancos* de Panamá.

“Al comienzo de la expedición de Marsh, murió en Panamá de vómito negro, contraído en las espesuras del Darién, como representante del Gobierno, de Panamá, el joven panameño Raúl Brin, hijo de Don Juan Brin y Doña Aminta Remón de Brin; fue una pérdida dolo-

<sup>1</sup> *Nele*, designa en lengua indígena al mago o Sumo Sacerdote del lugar.

<sup>2</sup> *Kantule*, voz indígena, designa al funcionario encargado de ejecutar, conservar y transmitir los cantos tradicionales de la tribu.

rosa para su familia y para el país entero. Al final de la expedición murió en Caledonia, víctima de unos forúnculos que crían gusanos y de los cuales tenía invadido todo el cuerpo, un americano o inglés, Oficial de tierra o naval, que quizás se habría salvado si Marsh no demora tanto tiempo en solicitar de las autoridades de la zona del canal el aeroplano que tanto Biebarach, hoy artillero del *Panquiaco*, como otras personas, le aconsejaron desde el primer momento que pidiera. ¿Es verdad lo que estoy diciendo, Biebarach?”

Y Biebarach, como antes Blackwood, inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—“Por fin aterrizó en Puerto Escocés el aeroplano que debía conducir al Oficial enfermo al hospital de Ancón, pero muy tarde. El paciente no se movía y cuando por medio de una combinación de espejos se le pudo hacer ver el aeroplano que llegaba, este hecho no produjo en él la menor reacción y poco después expiró.

“Cuando Marsh regresó de Estados Unidos con los indios blancos y sus compañeros, el Gobierno de Panamá lo suponía quizás interesado todavía en la expedición científica, pero a la verdad Mr. Marsh no tenía más propósito que el de revolucionar al mayor número posible de jefes o ságuilas <sup>3</sup> de las Islas y del Continente para desconocer la soberanía del Gobierno de Panamá y declararse él Emperador del Darién o algo parecido... Ese *gringo* era medio loco, como aquel francés millonario de quién cuentan que se declaró Emperador del Sahara en pleno desierto y se puso a gobernar a algunos negros salvajes <sup>4</sup> hasta que intervino el Gobierno francés y acabó con la farsa.

“Meses antes del levantamiento de los indios ocurrido en febrero de 1925, y de los hechos de sangre que lo señalaron, las autoridades panameñas eran ya objeto de irrisión por parte de los indios envalentados por Marsh. El Intendente Mojica fue abofeteado un día por un indio que se echó de cabeza al agua inmediatamente después de consumado su desacato. Mr. Marsh constituía un Estado dentro del Estado y

<sup>3</sup> Españolaización de la voz indígena *saila* que significa jefe, por analogía con águila.

<sup>4</sup> Alusión a Jacques Lebaudy y su expedición de a principios del siglo.

ejercía públicamente jurisdicción y mando de hecho en las Islas. Un día hizo llamar a un panameño de apellido Aguilera que reside ahora en Santa Isabel, y después de preguntarle por qué vivía en islas de los indios, le concedió un día plazo para que las abandonara, previniéndole que si no lo hacía o si volvía a las islas, se le haría la operación cesárea...

“El Intendente Mojica iba una vez a Puerto Escocés a investigar ciertos hechos criminosos denunciados por terceros cuando fue llamado por Marsh a conferenciar con él; pero prevenido a tiempo por un indio amigo, Mojica no bajó a tierra ni cayó en el lazo, sino que invitó a Marsh a venir a bordo del vapor *Norte* y Marsh no se rindió a la invitación, pero al levar el ancla el vapor, los indios le hicieron a Mojica varios disparos con arma de fuego desde la playa.

“Todos estos hechos eran bien conocidos del Gobierno de Panamá desde mucho antes de febrero; pero se limitó a tomar nota de ellos, sin darles la importancia que tenían y sin tomar precauciones útiles para evitar las desgracias que sobrevinieron.”

Yo que había sido hombre de Gobierno antes y estaba en el secreto de muchos detalles desconocidos del público, me mantuve discreto durante todo el relato que precede, sin rectificarlo ni confirmarlo en ninguno de sus puntos.

Otro de los circunstantes, enardecido, por el recuerdo de los panameños sacrificados en esa jornada y por la impunidad que amparó posteriormente esos delitos, protestó contra el sistema de civilizar a los indios por otros métodos que no fueran los de la violencia y del terror, únicos que a su juicio son susceptibles de mantener al indio sometido a la autoridad de la República. Recordó a este efecto el viejo dicho español: “no hay más indio bueno que el indio muerto”.

Volví entonces a las mías diciendo: “El propio ejemplo de Mr. Marsh es la prueba concluyente de que todo se consigue de estos indios por la suavidad, la persuasión y la diplomacia”. Y la discusión habría continuado indefinidamente si la Isla del Porvenir, antaño Isla del Perdón, asiento principal de la autoridad panameña y puerto de destino del *Panquiaco*, no hubiera aparecido en el acto a la vista de los viajeros, imponiéndonos un cambio radical de conversación.

Las chalupas abordan entonces el guardacostas en su fondeadero y reciben a los viajeros, a quienes desembarcan en el muelle oficial.

La multitud se apiñaba en la playa a la llegada del buque. Las mujeres, pintorescamente ataviadas, llamaban sobre todo nuestra atención. Traían los brazos y las piernas envueltos en fuertes ligaduras a fin de producir esa línea artificial de bolsas adiposas que halaga el sentido estético de los indios. Llevaban ellas en la cabeza un pañuelo grande de color rojo que usan como único tocado. Algunas se distinguían por una línea roja trazada a pincel en el perfil de la nariz, desde el entrecejo hasta el lóbulo o *septum* horadado, del cual pendía la ineludible nariquera de oro o de metal amarillo. Observábamos cómo los indios no han querido estorbar el libre juego de sus extremidades cubriéndose, como los europeos, las manos y los pies. Nada quieren saber de medias ni de calzado, ni menos de guantes o mitones. Los chicos andaban desnudos, tales como Dios los echó al mundo, hasta eso de los



Chicas indias de San Blas

doce años; las chicas no. Desde su más tierna edad, a estas últimas se las ve trajeadas a usanza de sus madres, y así vinieron ese día a la playa.

Fuera del pañuelo, la nariguera y las ligaduras de brazos y piernas, el traje de las mujeres se caracterizaba por dos piezas principales que les cubrían el cuerpo arriba y abajo de la cintura, respectivamente. La pieza inferior que hacía de falda, era una tela oscura de varios metros de largo, estampada con diseños de color, en la cual envuelven ellas sus miembros inferiores hasta las rodillas, después de darle varias vueltas y de refajarla estrechamente. Introducen el extremo superior entre el pellejo y la tela misma y ésta se sostiene admirablemente en la cintura sin necesidad de broches ni de garfios. Usaban el cabello a la *garçonne*, la falda a media pierna y ni medias ni calcetines. Nada tenían que envidiar en este respecto a nuestras *flappers* de avanzada.

La pieza superior era la *flor* de su indumentaria. Tenía un cuerpo principal delantero hecho de telas de algodón de varios colores, superpuestas unas a otras y recortadas a trechos de manera de formar dibujos decorativos que representaban animales de tierra y de agua o



Grupo de indios de San Blas

simples trazos geométricos dentro de una policromía interesante y armoniosa. Recordé entonces que durante algún tiempo los arqueólogos, etnógrafos y simples coleccionistas se devanaron los sesos queriendo interpretar la ideografía de esos motivos ornamentales; y los indios cunas, negociantes de nacimiento, se encargaban de fomentar y explotar la curiosidad científica de los investigadores insinuándoles que era un secreto de los indios que viven en la tierra firme. Pretendían que estos últimos enviaban a las islas los modelos o patrones de esas pictografías que las mujeres aplicaban. De ese modo la *mola*, que así llaman ellos esa basquiña, adquiriría cierto sabor de esoterismo, cierto tinte de misterio que no podía dejar de realzar en alto grado el valor intrínseco y comercial del artículo.

A la parte elaborada y artística de la camisa o *mola* de las indias, iba adherida la parte de la prenda que cubre los brazos y las espaldas. Era de algodón estampado, de linón, o de otra tela apropiada, por lo general sin ornamentos ni pictografías. Algunas traían collares de semillas secas ensartadas en un hilo, iguales a las que usa todavía el pueblo de México y que vende por una bicoca, sobre todo en la región de Cuernavaca. Unas pocas usaban collares de monedas de plata y cobre —rara vez de oro— ensartadas en una cuerda y en tal cantidad que era de admirar la resistencia de las indias para cargar tamaño tesoro sobre el pecho. Esa combinación de tonos vistosos, sin llegar a romper la armonía de los colores, es característica del arte y del gusto indígena. Me divertía analizando mis impresiones y dando rienda suelta a mis reminiscencias y evocaciones. Los pañuelos rojos me hacían recordar la Fabiola del cuadro de Henner, y la *mola* multicolor a las campesinas de Sicilia y a las gitanas, por el abigarramiento de la indumentaria.

—“¿Se imagina Usted” — le decía yo al Intendente — “a estas indias cunas, tan pintorescas y sugestivas, ataviadas a la moda de Nueva York o de París? ¿No es un pecado europeizar o americanizar a estas mujeres de tocado rojo, de *molos* multicolores, de narigueras de oro y collares vegetales o minerales, para obligarlas a caminar como loros o kanguros con el tormento de los zapatos en los pies y del sombrero en la cabeza? Verdaderamente, nuestra gente parece haber per-



dido el juicio... Y yendo más lejos ¿no da grima destruirles a estos aborígenes sus costumbres y su lengua, sus fetiches y amuletos, sus supersticiones y mitologías para brindarles qué en sustitución?”

El Intendente me miraba como si fuera yo quien realmente acabara de perder el juicio; pero sin percatarme del efecto que mis palabras le causaban, seguí diciendo: —“Nuestros pueblos y gobiernos no aprenden ni a golpes. La experiencia no se hizo para ellos. La política de los españoles y la de los colombianos, que tan malos resultados dio con estos indios, es la misma política que pretendemos implantar después de cuatro siglos de experiencia en cabeza propia y ajena”.

—“Alto ahí” —replica el Intendente— “aquella política está abolida desde 1925. Se le atribuyó, bien o mal, la responsabilidad de los sucesos trágicos de aquel año y ya no hay agentes de la autoridad que recluten a la fuerza a las jóvenes indias para obligarlas *manu militari* a aprender el *fox trot* al son de la victoria en la Escuela Pública”.

—“De manera” —pregunté sorprendido y satisfecho— “¿que todavía se encuentra en los bohíos de los nativos el *suar mimi* que ahuyenta los malos espíritus?”

—“Sí señor, todavía.”

—“¿Y hay *kantules* y *kan-suetis* que entonen en las festividades tradicionales los cantos milenarios de la tribu?”

—“Sí señor, los hay.”

—“¿Y *neles* que satisfagan en esos pobres espíritus el afán indestructible de lo ignoto y de lo misterioso?”

—“¿Cómo no!”



Matrimonio indio de San Blas

—“¿*Inatuledis* que vayan a la selva a recoger al son de los viejos cantos las yerbas, las hojas, los bejucos, las cortezas de árboles y las piedras mágicas de la farmacopea indígena?”

—“Aquí está uno de ellos”, dice el Intendente, señalando con el dedo al Doctor Nelson que se acerca.

Desde que aquel obispo de Acla del siglo XVI bautizó a un cacique del Darién poniéndole por nombre el de Pedro Arias Dávila que estaba presente, quedó establecida para siempre entre los indios del archipiélago la costumbre de llevar dos nombres: el suyo propio que nunca dejaban conocer a los extraños porque sería tabú, y otro castellano que escogían a su arbitrio entre los de los personajes conocidos de Panamá que mejor les sonaban al oído. Esa práctica ha variado un poco desde que los norteamericanos visitan las islas y el continente de San Blas, propagando el inglés y la religión protestante y comerciando con los aborígenes. Uno de sus prosélitos es Charlie Nelson, el *inatuledi*, a quien no se le conoce nombre castellano sino inglés. La traducción de *inatuledi* por doctor es bastante acertada; *inatuledi* es, en efecto, la palabra *cuna* con que se designa al curandero herborista a cuyos servicios apelan los indios en caso de enfermedad.

Nelson y yo trabamos conocimiento enseguida y nos concertamos para seguir al otro día a Narganá, la isla donde tiene el Gobierno de Panamá su retén más importante. Nelson me prometió entonar allá algunos de los cantos medicinales con que suele administrar él los brebajes a los pacientes que lo consultan, y dibujar con lápices de color que yo suministraría algunas pictografías de su recetario, como las que había dibujado en años pasados para el Barón Nordenskjöld cuando este viajero y hombre de ciencia sueco estuvo de excursión en las islas. Nelson y otros indios de Porvenir agregaron que en Narganá encontraría al día siguiente todos los instrumentos de música en uso entre los indios, amuletos y fetiches, bastones emblemáticos, *molos*, adornos de cabeza, flechas y arcos, cerbatanas, pictografías; en una palabra, cuanto pudiera ambicionar el más exigente coleccionista.

Llegó por fin el deseado mañana y en la travesía de Porvenir a Narganá pude vaciar la maleta de viaje de casi todo su contenido

documentario. Devoré, más que leí, un folleto con ilustraciones escrito por Francis Densmore bajo los auspicios de la Smithsonian Institution, de Washington, y con el siguiente título: “Música de los Indios Tules de Panamá”. Densmore había aprovechado el viaje a Washington de los llamados indios blancos de Marsh y su séquito, en 1924, para interrogarlos acerca de sus costumbres, cantos, poemas, música instrumental, juegos y supersticiones, transcribiendo en su folleto ilustrado las notas de los cantos y traduciendo textos literarios. Interesante a más no poder se me hacía este trabajo del cual no levantaba la vista ni aun para contemplar la belleza del panorama. Pero a ratos me impacientaba involuntariamente y el Intendente observaba que mi gesto coincidía con los pasajes en que aparecía la traducción inglesa de la letra. Por fin, mi inconformidad de lector estalló en estas palabras: “¿Será posible que este señor haya olvidado dos cosas elementales en sus transcripciones musicales y literarias?”

—“¿Cuáles son?” —interrogó con visible interés el artillero Biebarach.

El artillero, que tenía sus puntas y collares de filarmónico, era todo oídos en ese momento.

—“Primero” —respondí— “que no es posible medir la declamación libremente ritmada de los cantos cunas primitivos con la vara estrecha de la notación métrica moderna, la cual es inadecuada hasta para el canto llano o gregoriano de la Iglesia católica. Segunda, que el interés de los cantos cunas reside tanto en la parte musical como en la lingüística y literaria, y una simple traducción en prosa inglesa que no conserve siquiera el ritmo del lenguaje propio sacrifica por lo menos la mitad del interés del cantar original”.

El artillero hacía comprender, por la expresión de su fisonomía, que necesitaba de explicaciones suplementarias, y cerré el folleto para estar seguro de que iba a dárselas a conciencia.

—“Póngame atención, Biebarach. Los poemas líricos o cantares de los indios de San Blas, carecen de rima; de esto no cabe la menor duda. ¿Ud. sabe lo que es rima, verdad? Son los consonantes y los asonantes con que terminan nuestros versos. Pero en cambio, los can-

tos cunas no carecen de ritmo, por más que sus frases no obedezcan a las leyes de la métrica, como nuestros versos, sino a las leyes de la rítmica, como la poesía primitiva de todos los pueblos de la tierra. Para explicarme mejor, las frases de los cantares cunas no tienen todas ocho sílabas bien contadas, como las redondillas de nuestras mejoranas, sino que una puede tener ocho sílabas, otra doce, otra veinticinco, lo cual no obsta para que en medio de esta diversidad el reposo final de cada frase al repetirse con cierta periodicidad, produzca en el espíritu la sensación de cadencia que satisface nuestra exigencia estética y la ley superior del ritmo a la vez.”

El artillero había comprendido perfectamente bien y los que no eran artilleros comenzaban a interesarse en las explicaciones.

—“Careciendo de rima final” —proseguí— “los versos de los cantos cunas emplean una especie de rima, inicial o mediana, que consiste en la repetición de las primeras palabras de cada verso y que recuerda el mecanismo fonético de la *aliteración*, aquellos grupos de consonantes iguales que repetidos en el interior de cada verso para producir cierto efecto de periodicidad voluntaria, eran comunes a la antigua poesía de los escandinavos y de los germanos. En esas condiciones, ¿cómo se le ocurre a Mr. Densmore, transcribir esas amplias formaciones rítmicas sujetándolas a la barra del compás?”

De todos los presentes, Biebarach era el único que parecía darse cuenta exacta del valor de este argumento.

—“Casi todos los versos de los cantos medicinales y mágicos de que nos da ejemplos el Barón Nordenskjöld en el volumen séptimo de sus *Estudios de etnografía comparada*, comienzan por las mismas palabras. El llamado *Naibe Ina*, por ejemplo, repite cincuenta y dos veces las palabras iniciales “*No quichi val cote bali*” en los cincuenta y tres versos o frases rítmicas de que se compone el poema. No es un pie forzado, como Uds. ven, es más bien una cabeza forzada, a la cual se adhiere un final libre que completa el verso. Los versos que resultan de este procedimiento tienen por eso bastante semejanza con nuestras letanías religiosas, pero sin responsos. Y hoy veremos si los cantos de Palioquiña, el americanizado Dr. Nelson, obedecen al mismo procedimiento”.

—“Mr. Densmore” —seguí arguyendo— “al darnos una versión métrica de los cantos primitivos que oyó en Washington al *saila* Igwa Nigdibipi, pasa naturalmente dificultades inauditas. A veces tiene que cambiar de compás tres veces en el mismo renglón, en vez de dejar que el ritmo se establezca libremente por sí mismo, sin esclavizarlo con las cifras del compás. ¿Dónde iríamos a parar si quisiéramos escribir el canto gregoriano por este método? Es como querer hacer entrar las palabras de los cantos cunas en los moldes de nuestros versos octosílabos o endecasílabos, cuando nada hay tan ajeno a esas palabras como las unidades métricas rigurosas”.

Biebarach y sus compañeros se sentían archi-convencidos del buen fundamento de esta primera crítica y esperaban el turno de la segunda. Lo comprendí en el acto y no me hice esperar, comenzando mi alegato de esta suerte.

—“En la poesía primitiva la música y la letra son un todo inseparable. La historia nos enseña que esa unión duraba todavía en el siglo de oro de la poesía helénica. Píndaro y Safo, Esquilo y Sófocles, Eurípides y Aristófanes, acumulaban en sí mismos las dobles funciones de poetas y compositores. No es posible estudiar la música griega antigua prescindiendo del verso. Los fenómenos del ritmo no solamente comprenden los del sonido musical, sino los del lenguaje articulado. La obra de arte popular que denominamos canción es como una sociedad o compañía limitada en que el texto gramatical y la música vocal contribuyen por partes iguales a la operación estética común. Si estudiamos los fenómenos rítmicos del canto y suprimimos los fenómenos rítmicos del lenguaje, habremos desestimado el capital de la sociedad en un 50 % de sus acciones, y las conclusiones que de nuestro estudio saquemos tendrán forzosamente un 50 % de deficiencia”.

Los oyentes daban visibles muestras de aprobación; pero uno de ellos se aventuró a interrumpirme así:

—“Ya *rompió* Ud. al *gringo*, Señor Garay; ¿por qué no revienta ahora al sueco?”

Se refería el interlocutor al Barón Erland Nordenskjöld, nacional sueco, de quien habíamos hablado ya en el barco. Yo me habría hecho

el *sueco*, para servirme de un modismo bien conocido, si la incomprensión de mi interruptor y la malignidad de sus insinuaciones no hubieran irritado mi sensibilidad moral.

—“¡Qué romper ni qué reventar a estas horas, amigo mío! Ni el Sr. Densmore ni el Barón Nordenskjöld son hombres de romperse ni de reventarse así no más y porque sí. Ni soy yo rompedor oficioso de ajenas y bien ganadas reputaciones. La crítica serena y razonada puede hacerse de los más grandes ingenios del mundo sin detrimento de su gloria y fama. He venido explicando las razones de mi inconformidad con el procedimiento adoptado por Mr. Densmore en sus transcripciones musicales de los cantos cunas; pero he callado entre tanto mi conformidad con el resto de su trabajo y el alto concepto que éste me merece, porque lo creía superfluo. —Veo que no lo era. —Sírvasse tomar nota de ello y abonárnoslo en cuenta a los dos: a Mr. Densmore y a mí”.

Acababa de hacerme con estas palabras un enemigo nuevo irreconciliable. Mis observaciones ardían en el fuego de una pura y santa indignación, pero no contra la persona de mi interlocutor, a quien sólo deseaba enseñar, prevenir y proteger para el futuro, sino contra la injusticia y la perversidad humana en abstracto.

—“No tomemos la vida a lo trágico” —rectifiqué enseguida, dándome cuenta del efecto causado por mis palabras— “y sigamos *rompiendo* suavemente al *gringo* Densmore”.

El corro formado a nuestro alrededor ríe con francas y estrepitosas carcajadas, menos el interlocutor ofendido que mostraba ya en su cara amarrada el *ricтус* de la risa del conejo.

—“Tengo entendido que el lenguaje de los cantos festivos, medicinales y religiosos de los cunas no es el lenguaje común y corriente de todos los días. Muchos indios no entienden ese lenguaje, ya sea porque se trate de un dialecto caído en desuso, o de un vocabulario esotérico en que cada palabra cobra un significado convencional, reservado para la comprensión de unos pocos iniciados”.

Algunos indios que estaban presentes confirmaron espontáneamente esas afirmaciones manifestando que ellos no comprendían la letra de esos cantos.

—“¿Ya lo ven Uds.?” —repuse. “En esas condiciones, ¿quién le garantiza a Mr. Densmore que sus traducciones al inglés de las palabras cunas son fieles y dignas de fe? Sé de personas en Panamá que han recogido unas cuantas frases de canciones indias y no han logrado que dos *machiguas*<sup>5</sup> se las traduzcan con el mismo sentido”.

Los indios panameñizantes que escuchaban —Sanguillén, Morris, López— volvieron a dar señales de asentimiento.

—“En resumen” —concluí— “que hasta desde el punto de vista ideográfico es sensible que Mr. Densmore suprimiera la letra indígena de los cantos cunas o tules, como él los llama, que recogió de labios de Iwga Nigdibippi y de Alfredo Robinson”.

El acuerdo fue general, menos por parte del interlocutor de marras que había tomado su portante y se entretenía ahora en la popa del barco platicando con *Pesetilla* y los pinches de cocina.

El Intendente se hizo el ánimo a cargar con una sucesión desgraciada, y con un grano de ironía y otro de malicia en la boca, abordó la cuestión así:

—“Señor Garay, no se moleste por lo que le vamos a decir, pero ¿qué hubo del sueco?”

Después de pasar un trago de saliva amarga, reaccioné y dije, sonriente y festivo:

—“Reventemos, rompamos, como Uds. quieran; pero con una condición...”

—“¿Cuál es?”

—“Que los oyentes me digan antes si conocieron y trataron al Baron Nordenskjöld y lo que sepan de él”.

—“Aceptado”, contestó el corro.

—“Por mi parte”, dijo el Intendente, “recuerdo lo siguiente. El Barón vino a San Blas en su propio yate después de haber estado entre los indios del Darién en la Costa del Pacífico. Tuvo alguna dificultad con mi antecesor el Capitán Luis Hernández, a quien no avisó oportu-

<sup>5</sup> *Machigua* es la palabra con que se designa en Panamá a los indios de las Islas de San Blas; es voz cuna que significa niño.

namente el Gobierno Nacional que el Barón y su comitiva podían desembarcar en las islas y transitar libremente por ellas; pero pronto se arregló el incidente. Los indios hicieron con ellos su agosto, de dólares. El Dr. Nelson les vendió hasta la camisa y los exploradores volvieron por más.”

Nelson-Palioquiña, que estaba presente, no pudo darse cuenta de la alusión por desconocer el castellano. Recuérdese que él pertenece a la categoría de los indios americanizantes.

—“El Barón enfermó de alguna gravedad y tuvo que suspender la excursión para hospitalizarse en Ancón. Es cuanto tengo que declarar.”

Las demás declaraciones coincidieron con la del Intendente, limitándose a amplificarla y a glosarla, haciendo hincapié los unos en la codicia de los indios, los otros en la generosidad del explorador y todos en el valor personal y la simpatía de su esposa que por dondequiera lo seguía. Noté, sí, un fondo de resentimiento, tenue pero claramente perceptible, a causa de las simpatías que se atribuían al explorador en favor de los indios del archipiélago que se mantienen rebeldes a la autoridad del Gobierno de la República.

—“¿Es verdad” —me preguntó alguien— “que Ud. intervino desde México para que el Gobierno de Panamá autorizara la expedición del Barón en nuestro territorio, lo eximiera del pago de derechos y le facilitara el acceso a los lugares de su itinerario?”

Yo había sido, en verdad, el conducto por el cual se tramitó, a solicitud de la Legación de Suecia en México, la autorización concedida al Barón Nordenskjöld, y comprendía el resentimiento de mis compatriotas. Mi decepción fue profunda cuando oí decir que los indios rebeldes aseguraban haber recibido la promesa del Barón de hacer propaganda en favor de ellos y en contra del Gobierno de Panamá.

—“Si eso fuera cierto” —declaré— “el Barón no habría procedido correctamente con nuestro Gobierno hospitalario y en el pecado llevaría la penitencia”.

—“¡A él, pues!” —dijo el artillero Biebarach, en actitud de disparar el único cañón que maneja en el *Panquiaco*.



—“¡Sea!” —contesté— “pero advierto que lo que pienso y digo sobre los trabajos del Barón no es efecto de las revelaciones que acababan de hacérseme acerca de su conducta, las cuales no acepto sino a beneficio de inventario, pues habrá que someterlas a serio examen ulterior. Mis observaciones son, en sentido inverso, las mismas que llevo hechas sobre el trabajo de Mr. Densmore. Este prescindió de la letra para ocuparse solamente de la música de los cantares indios. Desde el punto de vista del arte popular y del folklore (que es el mío en este libro), tan deficiente es prescindir del factor letra como del factor música, y como Nordenskjöld prescinde por completo del último de estos factores, sus investigaciones en cuanto se refieren a los cantares cuanas, pierden para mí un 50 % de su utilidad y eficacia”.

—“Yo había notado ya que las fuentes de información del Barón Nordenskjöld, eran casi todas de origen rebelde, pero no le atribuía mayor significación a este detalle porque lo mismo ocurría, y en mayor escala, con el folleto de Francis Densmore. Un hombre de ciencia y un explorador, un apóstol de la verdad y del progreso, no puede ser —me parecía a mí— un hombre sujeto como los hombres del montón, a los instintos de la vida pasional, a las reacciones desordenadas e irreflexivas que gobiernan la conducta del hombre primitivo, o en estado de naturaleza. Todavía dudo, y mucho, que un intelectual y un espíritu cultivado como el Barón, sea susceptible de determinar su conducta en estas circunstancias, a impulsos de su corazón. Es sin duda hermoso proteger al débil y al desvalido, a la mujer y al niño, y por extensión a los salvajes y a los primitivos, a quienes reputamos todavía en la etapa de la niñez intelectual; pero esa floración de nobles sentimientos no debe ejercitarse con perjuicio de la verdad del derecho, de la justicia y de los altos ideales que son como los puntos cardinales de nuestra vida moral y de relación. La República de Panamá no se ha apropiado indebidamente ni por conquista el territorio de la Intendencia de San Blas. Este último se encuentra ubicado dentro de sus fronteras bien definidas y reconocidas como suyas por el consorcio de las naciones civilizadas. De aquí surge para las autoridades panameñas la obligación de preocuparse por el bienestar de las

poblaciones que viven en esos territorios, llevando a ellas, poco a poco, los beneficios del progreso y las luces de la educación, sin detrimento de la fisonomía y caracteres propios de esas comunidades; y es deber de todo hombre de bien secundar esa labor.”

“Ya en 1924 el explorador Marsh —ése no por bondad de corazón, sino por razones que conozco bien— trastornó el seso a los jefes de San Blas y los incitó a realizar en 1925 empresas bélicas que todavía mantienen a muchos de ellos privados de los beneficios de la enseñanza para sus hijos, de las relaciones comerciales con los centros populosos del Istmo, del transporte gratuito en los barcos del Estado y de otras prerrogativas importantes de que disfrutaban hoy los indios leales y amigos. En 1927, dos años apenas después de los desórdenes sangrientos de San Blas, no es de creerse que otro explorador extranjero a quien dispensó cordial hospitalidad el Gobierno de la República, adquiriera con los enemigos internos de éste el compromiso moral o formal de llevar a cabo una campaña de propaganda en favor de sus aspiraciones políticas. Aguardemos, sin embargo, a que el tiempo corrobore o desmienta estos informes. Mientras tanto, no cabe hacer otra cosa que suspender nuestro juicio sobre la actitud del Barón Nordenskjöld en relación con nuestro país y nuestro gobierno”.

Los oyentes no quisieron contrariarme manifestándose escépticos respecto de las virtualidades del derecho y del predominio final del bien sobre la tierra, y prefirieron callar. Yo lo comprendí pronto, y viendo que el Barón no tenía por el momento muy *buena prensa* entre los del grupo, me adelanté a decir: “Hay algo capaz de neutralizar en parte la mala impresión en que nos hallamos respecto del Barón. Sus asesores no son todos indios rebeldes. Al lado de un Nele y un Rubén Pérez que ocupan, es cierto, la casi totalidad de sus *Estudios de etnografía comparada*, vol. séptimo, podemos leer en éstos referencias a Samuel Morris, un indígena leal a nosotros que cursa el quinto año de estudios en el Liceo del Instituto Nacional de Panamá y a quien el Barón consulta a menudo acerca del significado de las voces *cunas*”.

El interlocutor de marras había vuelto a aparecer y la expresión de su rostro había cambiado por entero. Oía ahora con atención e interés creciente todas las conversaciones, y cada vez que yo rechazaba el pensamiento de una posible deslealtad hacia Panamá por parte del Barón Nordenskjöld, su semblante irradiaba felicidad, como si se complugiera de antemano en alguna aviesa labor política para el futuro...

\*\*\*

A esas alturas aparecieron en el horizonte las islas de Narganá y Nusutupu (hoy Corazón-de-Jesús). Los viajeros acudieron a cerrar sus maletas y a alistarse para desembarcar. Las dos islas aparecían desde lejos embanderadas, atestadas de bohíos y casas de madera y unidas por un puente como de setecientos metros de largo, obra de ingeniería ideada por un panameño autodidacta y ejecutada por los naturales de las dos islas. A pocos pasos del puente un indio se divisaba a lo lejos trepado en la extremidad de un palo largo que se balanceaba sobre una maroma y hacía altos y bajos él solo, que daban aspecto cómico a sus movimientos. Poco después salté a tierra y pude ver el trapiche primitivo de moler caña que para el uso común tienen allí montado los indios de Narganá. Funciona lo mismo que la tabla del juego de *tintibajo*, que llamamos en Panamá, con la diferencia de que el interesado salta y hace presión sobre uno de los extremos del aparato y la caña va moliéndose y derramando el jugo al mismo tiempo en el otro extremo. Este ejemplo curioso de ingeniería industrial indígena no podía estar mejor situado que en la vecindad del puente de madera que comunica las dos islas, verdadera maravilla cuasi natural de que puede ufanarse el arte incipiente de la arquitectura o de la construcción civil en la isla.

Las mismas escenas presenciadas en Porvenir se repitieron cuando amarró el *Panquiaco* al muelle de Narganá, pero en mayor escala. Narganá y Corazón-de-Jesús son dos islas bastante pobladas. Al colorido formado por el *pañuelo*, la *mola* y las faldas polícromas de las mujeres; al tono cobrizo de los chicos desnudos en la playa, a la indu-

mentaria de los varones trajeados de pantalón y camisas de faldas colgantes, ensombrerados de paja o de fieltro, y gastando bombín o *canotier*, se agregaba esta vez el elemento nuevo que en la paleta indígena introducían los albinos de ambos sexos, con su tinte peculiar parecido al cuero de los caballos de pelaje blanco, los ojos claros y el cabello entre rubio y azafrán.

No bien salté a tierra cuando Nelson, el Doctor, que creía haber vuelto al tiempo de las vacas gordas del Barón, se empeñó en arrastrarme al bohío de Estanislao López, donde se disponía a cumplir en toda forma, mediante propina adecuada, su promesa de hacerme conocer los cantos medicinales y rituales de los indios, dejándome tomar su versión gráfica.

El bohío de Estanislao, o bujío (ambas formas son de uso corriente en las crónicas de los primeros historiadores de la conquista, quienes las tomaron del idioma de los indios y de la parla vernácula del Istmo), presentaba los caracteres comunes a las viviendas de los cunas. El techo era de dos aguas y no circular como el de los guaymíes. Sobre una varazón de caña-brava, asentábanse capas espesas de hojas de palma. La residencia era de forma cuadrangular, con un espacio libre al centro destinado a la cocina, y alrededor de ésta, varios cuartos o divisiones formadas por entrepaños de caña-brava. El piso era de tierra y las paredes exteriores de *quincha* o caña-brava embarrada. En cada uno de esos cuartos de tres divisiones había una o dos hamacas colgadas. Nelson escogió como centro de operaciones un cuarto de dos hamacas. En una de ellas me instaló a mí, que venía debidamente preparado con recado de escribir y papel pautado, y en la otra se instaló él. Servía de intérprete López, el amo de casa, a quien le pregunté el porqué de aquella pantomima. Nelson-Palioquiña contestó que el *inatuledi* no puede desempeñar decorosamente su ministerio sino acostado en una hamaca. Es una ritualidad indispensable y a ella tuve que someterme.

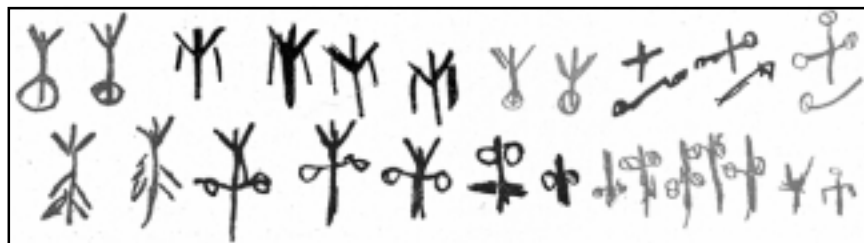
Enseguida comenzó Palioquiña a emitir unos como bramidos que no parecían originarse en laringe humana; sonaban como si alguien estuviera apretándole el gaznate. Desconcertado, volví a preguntar el

por qué, pero Palioquiña estaba ya poseído del espíritu divino y no atendía a razones. Los bramidos continuaban espantosos y formidables y el intérprete López, de su propia cuenta, me explicó entonces que el cantor buscaba la colocación apropiada de su voz antes de dar comienzo a la canción, es decir que por el momento vocalizaba. Por fin encontró Palioquiña un timbre de voz especial, nunca antes escuchado por mí, que tenía del gruñido de los puercos y del bramido de los toros a la vez. Sobre ese extraño metal de voz entonó un salmo medicinal que comenzaba: “*Emi ina aminae*”.

Palioquiña cantó la primera vez todo el salmo de corrido para que yo recibiera la impresión de conjunto antes de detallarlo frase por frase. Pero cuando comenzó el trabajo de detalle y de grafía musical, fuerza me fue renunciar a mi empeño. No había forma de que Palioquiña repitiera una sola frase una sola vez del mismo modo. Era tal y tan esencial la diferencia de esas repeticiones que tras varios ensayos infructuosos decidí posponer esa parte del trabajo para mi segundo viaje a la Intendencia, cuando me prometía traer un dictáfono o fonógrafo de cilindros para impresionar mecánicamente los cantares de *inatuledis* y *kantules*.

Para no perder tiempo, Palioquiña trazó entonces en una hoja de papel la pictografía de ese mismo canto que me resultaba de imposible transcripción musical y literaria, pues no solamente las notas sino también las palabras del canto variaban a cada repetición. Entrego a la publicidad y sin comentarios este espécimen de la habilidad artística del cantor.

Había terminado con Palioquiña por esa vez y lo despaché entregándole una propina. Dirigime enseguida al bohío del *kantule* de



Pictografía del Dr. Nelson. Léase de derecha a izquierda partiendo de la extremidad inferior derecha y luego de izquierda a derecha la línea superior.

Narganá que responde al nombre de Kantulbipi, padre de Rubén Pérez, el secretario rebelde del rebelde Nele que tanto menciona Nordenskjöld en el volumen séptimo de sus *Estudios de etnografía*. Kantulbipi es un hombre anciano, ya sin energías y de voz cascada. Sospechando que se repetiría con él la escena de Palioquiña, renuncié al experimento y resolví citarlo también para mi segundo viaje a San Blas. Se me habló entonces de otro músico de nombre Padilla que vivía en Narganá, se distinguía por su habilidad en la música instrumental y poseía gran cantidad de instrumentos musicales.

Con la ayuda de Sanguillén, uno de los policías coloniales de la isla, me fue fácil localizarlo y darle cita para esa noche en el comedor del *Panquiaco*, donde esperaba oírlo tocar y comprarle algún instrumental. Antes de pasar adelante, conviene explicar lo que son los *kantules* de San Blas. Ciertos autores escriben *kamtules* y otros, como Pinard, *kamoturo*. Letra de más o de menos, es en el fondo la misma cosa. En la jerarquía social y política de los indios cunas, los funcionarios principales de la tribu son: el *saila* o jefe, el *nele* o mago, el *inatuledi* o curandero y el *kantule* o músico oficial, al cual se agrega el *kansueti* o músico auxiliar del *kantule*. Explica el Padre Gassó en su Catecismo en lengua cuna” que la voz *kamtule* es un compuesto de *kamu* (flauta) y *tule* (persona india), y significa tocador de flauta, flautista. Pero ocurre que el *kantule* moderno tiene menos que hacer con las flautas que con su propia voz, y esa palabra designa hoy principalmente, en virtud de una especie de sinécdoque, al cantor de las ceremonias públicas y privadas de la tribu, quien no por eso abandona el uso de la flauta *kamu*.

Mientras tanto adquiría de Padilla y trasladaba a mi cuartel general del *Panquiaco* un sonajero de calabaza relleno de semillas secas, de esos que en Panamá se nombran *maracas*, voz que Mr. Krieger, el jefe de la División de etnología del Museo Nacional de los Estados Unidos cree derivada de la palabra *arawak* y que es de origen netamente guaraní. La voz guáchara, cuya fonética denota así mismo origen indígena, se usa también en Panamá para designar esos sonajeros, en igual sentido que la voz *güiro* en Cuba.

Padilla, cuyo nombre indígena nunca pude saber, me cedió también en venta una flauta vertical de las llamadas *kamu*, la misma que empuñada por la mano izquierda y con el sonajero en la derecha, constituye todo el bagaje instrumental del *kantule* en las ceremonias nupciales y otras festividades domésticas. Mac Curdy considera en sus “Antigüedades chiricanas” que el personaje con una flauta en la

izquierda y el sonajero en la derecha, representación plástica frecuente en la orfebrería de los güaymíes, corresponde a alguna deidad de la mitología indígena. Sus razones, que no discuto, tendrá mi docto amigo para darle a esta representación un sentido mitológico. Lo que no cabe poner en duda es que el *kantule* de nuestros días, en las festividades populares de los indios cunas, encarna la imagen de los tunjos chiricanos y les da, por lo menos, un sentido histórico evidente. Que el tipo del *kantule* desertó el Valle del Guaymí por el archipiélago de San Blas, es otra conclusión que se impone con igual evidencia.

Las calles de tierra, rectas y limpias, como si acabaran de ser barridas con escoba; los bohíos contruidos en línea, como en una ciudad moderna; las hormas de tortuga talladas en balsa que pendían en gran número de las paredes exteriores de los bohíos; el aseo de éstos en su interior, donde un grano



Tortuga de balsa.

de maíz no podría encontrarse por los suelos; la ausencia de animales domésticos que introdujeran desaseo en la vivienda salvo algún perico totémico o alguna tortuga inofensiva, fueron detalles que se impusieron a mi consideración en este primer recorrido de las dos islas gemelas.

Los indios, limpios y cuidadosos de su persona, exigentes en el aseo de sus bohíos y calles, como si renaciera entre ellos el antiguo culto de la diosa Hygia <sup>6</sup>; celosos de sus costumbres y creencias; inteligentes y sagaces; dotados de una mitología, una ciencia y un arte propios que les suministran los elementos de vida moral, intelectual y estética indispensables para realizar su destino en la tierra... ¿por qué no habrían de ser buenos y leales ciudadanos de la República si se empleara para con ellos métodos eficaces y pacíficos de penetración, educación y persuasión? A medida que caminaba recibiendo en el rostro la brisa refrescante del mar que despeinaba las palmeras, sentía henchirse mis pulmones de aire puro, saturado de oxígeno y de yodo, y ensancharse a la par mis aspiraciones de fraternidad nacional, a un paso apenas de la grande y noble confraternidad humana soñada por los filósofos, los poetas y últimamente hasta por los estadistas del mundo.

Tanto soñar despierto comunica a la larga cierto aire, de misantropía que conviene evitar, y esa noche en la mesa tuve que combatir sin descanso aquellas tendencias a la ensoñación que hacen aparecer al hombre como un ser huraño y disociable. A media cena aparecieron en el puente del *Panquiaco* Manuel Padilla, *kantule* o músico oficial, y Olotibi, *kansueti* o músico auxiliar, puntuales a la cita convenida y provistos de sus instrumentos de trabajo. Media hora después, la mesa de comer no solamente era desmantelada sino eliminada de cuajo en honor de los representantes y cultores del arte popular indígena.

Padilla y Olotibi toman posesión del local y en torno suyo se forma la rueda de indios y de panameños. Entre los indios había tres grupos bien definidos: 1° los panameños y panameñizantes, esto son

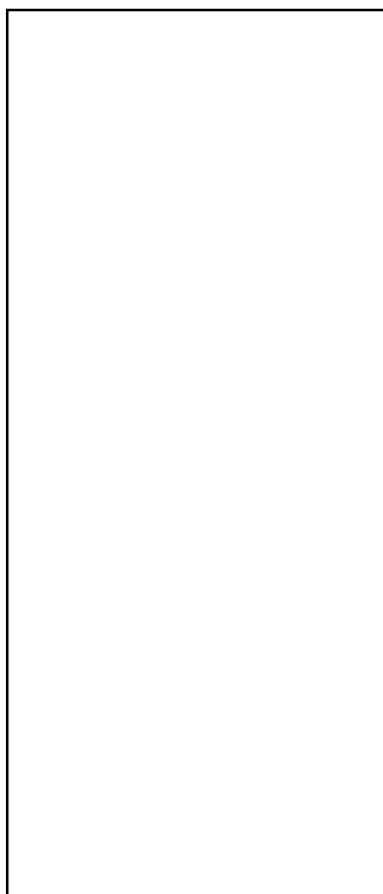
6 Entre ellos, el dios de la salud es Churama.



los agentes de policía que devengan sueldo del presupuesto nacional, los que hablan español o tienen hijos internos en las escuelas públicas de Panamá, y los que hacen pública ostentación de su lealtad hacia la República, por interés o por simpatía; 2° los rebeldes *in partibus* o en potencia, es decir los que no tienen satrapías ni funciones públicas en ninguna isla rebelde pero se someten a disgusto a las autoridades nacionales y creen todavía en el carácter mesiánico de Mr. Marsh; 3° los americanos o americanizantes que no hablan español sino inglés, y suspiran por el regreso de Miss Cooper y Miss Purdy, dos misioneras adventistas, bautistas o de otra deno-

minación sectaria protestante que por años sostuvieron una escuela en Narganá propagando entre los indios la Biblia sin comentarios, enseñándoles el idioma inglés, el culto de las banderas extranjeras y enviando a los niños cunas a las escuelas del exterior, en general, a expensas de la misión. Esos indios no son partidarios ni simpatizadores de la República de Panamá.

Entre los panameños había dos grupos igualmente bien definidos: primero, los que están por el régimen colonial del terror y abominan de los procedimientos suaves y diplomáticos; segundo, los que no comprenden la civilización de los indígenas y su incorporación efectiva a la ciudadanía panameña sino por el método de la tolerancia, de la libertad de conciencia, de cultos, de costumbres y hasta de idioma. En este último número me contaba yo.



Tolo macho y tolo hembra

En presencia de ese auditorio heterogéneo, dieron comienzo Padilla y Olotibi a sus demostraciones músico-literarias que mucho tenían del antiguo cantar de gesta.

Fue lástima que no hicieron oír esa noche la flauta *kamu* y la *maraca*, atributos específicos e históricos del *kantule* como acabamos de ver. La flauta *kamu*, principalmente, tenía grandes atractivos para mí, tanto por la manera original de producirse en ella el sonido musical, como por el doble uso de flauta y trompeta de que es susceptible y la doble sonoridad que puede producir; pero me consolé de esta decepción cuando los menestrales cunas comenzaron a ejecutar su repertorio.

Inició Padilla el concierto con un solo de *toló*, y de *toló* hembra, nada menos. No era otra cosa, en esencia, sino un pequeño *poema sinfónico*. Para no sentar plaza de comunicativo, expliqué a mis vecinos, muy brevemente, que el poema sinfónico es un trozo de música pura, sin palabras, destinado a desarrollar por sus propios medios, un plan o programa poético, histórico o de cualquier orden que no sea musical.

El instrumento que tocaba Padilla, se componía de una caña hueca como de pulgada y media de diámetro, a la cual iba adherido, mediante un emplasto de cera negra en forma cónica, una pluma de *guaco* que funciona como boquilla y que presentaba analogía aparente con la doble caña del oboe o del fagot. Pero sólo aparente, porque el sonido del instrumento era la antítesis del timbre acre del oboe; menos distaba del timbre apagado del fagot, y muy cerca estaba del sonido etéreo de la flauta dulce y de los tubos de órgano que llevan ese nombre.

En la familia del *toló*, como en la del mosquito transmisor de la fiebre amarilla, a la hembra corresponde toda la actividad agresiva. El *toló* hembra despliega una variedad de sonidos y una flexibilidad de mecanismo que contrasta con la pobreza de recursos del *toló* macho. En éste, el agujero único practicado en el tubo, el calibre mayor de la caña, la cortedad de la pluma de ave que hace de boquilla, y hasta el carácter majestuoso y digno que en la mentalidad india va asociado al

sexo masculino, lo reducen a la emisión de dos notas graves, especie de pedales armónicos o bordones. Olotibi no se dignó molestarse por este pobre representante del instrumental indígena y dejó a Padilla el cuidado de batirse solo con su cara mitad. Era de ver cómo embocaba Padilla el *toló* hembra sacando de su cuerpo cilíndrico sonidos suaves que abrazaban una extensión melódica superior a la octava. Buscaba con los dedos, puestos sobre los agujeros de la caña, efectos de *vibrato* como los que el violinista obtiene tremolando el dedo sobre la cuerda. Hacía inclinaciones de cabeza dejándose llevar del sentimiento de la melodía, a la manera de ciertos *virtuosos* europeos que traducen sus emociones moviendo la cabeza o meciendo el cuerpo entero. La melodía instrumental aparecía ornamentada de frecuentes *mordentes* y cada uno de éstos era subrayado por un gesto de cabeza del ejecutante. Las piezas se sucedían unas a otras. Tenían títulos de animales cuyos cantos el compositor pretendía imitar, como el del pájaro *wala*, de imposible traducción; o cuyo recuerdo evocaba en alguna forma, como la guacamaya (*nalú*) y la gallina (*canir*). Era en esta acepción como los calificaba yo de poemas sinfónicos, por su carácter descriptivo y a pesar de su extraordinaria brevedad.

En el canto del pájaro *wala*, palabra cuya traducción al castellano no pude obtener, es de admirar sobre todo el empleo del procedimiento de concentración de los elementos melódicos conocidos y practicados en el arte de la composición musical, principalmente en el trabajo del desarrollo temático. Los dos elementos melódicos que se exponen por separado al comienzo de la melodía, van acercándose más y más uno a otro hasta fundirse en un solo ornamento o melisma decorativo.

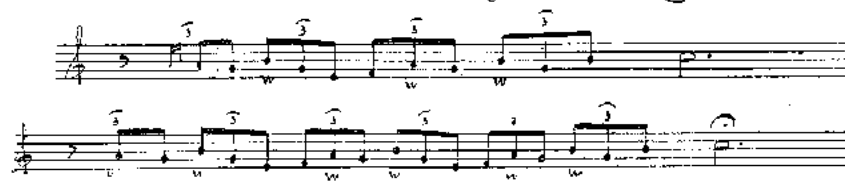
Olotibi se cansaba de estar ocioso. Padilla se condolió de él invitándolo a ejecutar un dúo de *suarra purruí* o *kamu purruí*, que lo mismo es. *Suarra* es el segundo nombre que suele darse a la larga flauta *kamu*, ya descrita arriba, pero *suarra* o *kamu* a secas. Agregando a cualquiera de ellas la palabra *purruí*, designaremos otro instrumento que por su forma y modo de tocarse tuvo el don de abrirme de golpe la puerta de un nuevo mundo de sugerencias mitológicas. Era la flauta de Pan rediviva, y las ninfas y los faunos, Baco y Sileno se agolpaban

instantáneamente a mi memoria. La legendaria flauta del dios pagano tiene sin embargo una ligera diferencia con el *kamu purrui* de los indios cunas. Las siete cañas que unidas unas a otras formaban la flauta de Pan propiamente dicha, están divididas en el *kamu purrui* en dos cuerpos o secciones de cuatro y de tres cañas respectivamente, ligados entre sí por medio de una cuerda que el ejecutante pasa alrededor del cuello y de la cual penden sobre el pecho las dos secciones del

### Canto del payaso wala.



### Nalú, sobre el quacarnaye



### Cania sobre la gallina

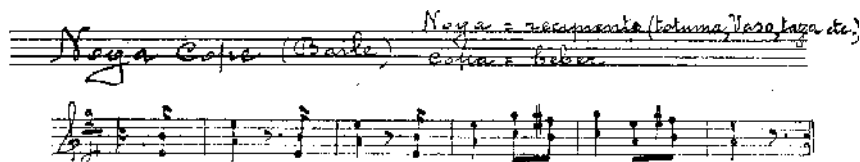


instrumento para mayor comodidad del flautista. Y no es ésa la única diferencia. Hay otra muy importante que olvidé poner de relieve cuando Padilla y Olotibi presentaron la primera pareja instrumental : el *toló* y su hembra.

—“Ahora” —observaba yo— “notarán Uds. el empeño de las culturas en aplicar a todas sus obras el principio universal de la dualidad. En esto su filosofía naturista es común a toda la región americana. El sol y la luna son esposos en el cielo; el hombre y la mujer en la tierra. En todas las formas de la vida animal veían ellos prevalecer uno u otro principio. A imagen de la obra divina, ellos rinden culto en sus creaciones a la coexistencia del principio masculino y del femenino, fuente y ley de la vida. Todos sus instrumentos se hacen y se ejecutan a pares: el *toló*, el *kamu* y, el *kamu purruí*. Este último presenta el caso de un matrimonio ideal en que los dos cónyuges se auxilian mutuamente y por igual. Más que esposos, parecen dos hermanos siameses, pues ninguno de los cónyuges es capaz de hacer nada sin el otro. Se dividen la melodía por partes iguales, alternándose los dos instrumentos en su ejecución”.

Con este preámbulo, la concurrencia se estimaba suficientemente ilustrada y la pareja de músicos procedía a tocar *noga cope*, de *noga* (recipiente o totuma) y *cope* (beber) que podría traducirse libremente por melodía báquica o, mejor dicho, danza báquica. La última expresión es más exacta porque aquí los *kantules* no se limitan a tocar la melodía ni los oyentes a oírla, sino que unos y otros la bailan en sus fiestas como la bailaron Padilla y Olotibi a bordo del *Panquiaco*, con gran regocijo de todos los circunstantes.

—“Cada instrumento es *diafónico*”, hacía yo observar también; pero la gente no entendía y me avine a explicarles que cada instru-



mento producía dos sonidos a la vez, en vez de uno. ¿Cómo hacían los músicos para ejecutar esa diafonía en quintas? Muy fácilmente, me explicaron: disponiendo en doble hilera los carrizos del instrumento, lo cual se hace posible gracias a la flexibilidad de la cuerda y del amarre, yuxtaponiéndolos de dos en dos. El aire que se escapa de la boca del operador penetra así en ambos carrizos y produce la diafonía.

Si *Noga cope*, el trozo tocado y bailado por Padilla y Olotibi, tuviera que transcribirse en partitura, aparecería aquí de muy distinta manera. Esa transcripción, sin embargo, no dejaría comprender claramente la línea melódica. Supondría, además, ciertos vacíos y desigualdades que no corresponden en absoluto a la tersura e igualdad de la ejecución. Escuchando ésta, nadie diría que son dos instrumentos en vez de uno los encargados de exponer la frase musical. Por tanto, la notación con que la transcribí y que corresponde perfectamente al efecto auditivo, fue otra:

—“Nadie sospecharía” —añadí— “que este motivo insignificante, expresado en el lenguaje diafónico del *kamu purruí*, envuelve nada menos que la negación práctica del principio fundamental en que se apoya la llamada ciencia de los armonistas: la prohibición de producir quintas justas consecutivas”.

El artillero Biebarach aguzó aquí el oído, como si algo directamente le atañera.

—“Por si algo les falta todavía a los señores tratadistas de armonía para acabar de desacreditar sus pseudo principios y reglas inviolables, aquí tienen Uds. el brote espontáneo de un pueblo primitivo que se vale de la quinta como de la consonancia más perfecta, después de la octava, y como la única que permite, después de esta última, una duplicación exacta de la línea melódica sin afectar en nada sus caracteres propios”.

Los oyentes se miraban sin comprender.

—“Ya los sonidos armónicos de ciertos registros del órgano debían haber hecho comprender esta verdad a esos señores armonistas; pero como se trataba de una creación artificial del hombre occidental civilizado, ellos se defendían imputando ese fenómeno a considera-

ciones puramente acústicas sin relación con el gusto ni con la estética del arte práctico. Ahora no hay esa excusa, y ya pueden ver qué otras reglas inventan para sustituir esas viejas y desacreditadas en que ni ellos mismos creen.

El comedor del *Panquiaco* se había transformado en el aula de un Conservatorio de música, sección de armonía teórica y práctica.

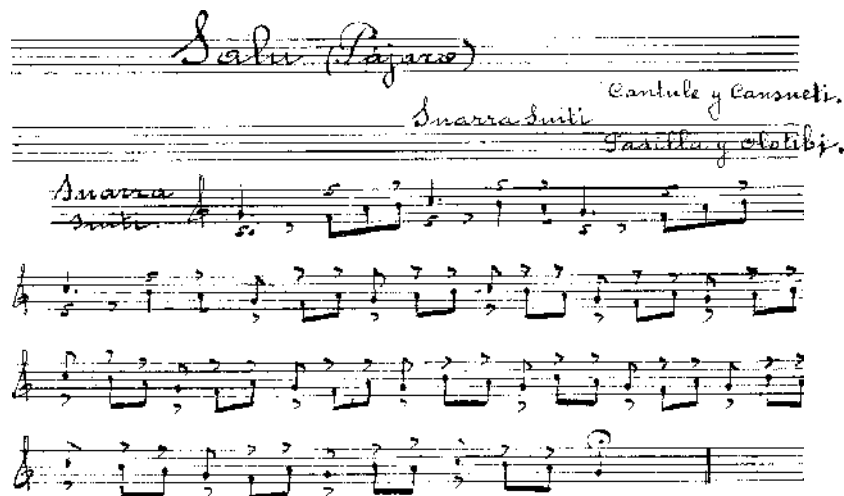
Padilla y Olotibi abandonaron momentáneamente sus flautas de Pan para empuñar la pareja del *suarra suiti*. Eran flautas verticales semejantes al *kamu*, pero de dimensiones más pequeñas. En ellas ejecutaron otro trozo de música descriptiva llamado *salu*, por el nombre de un pájaro cuyo apelativo español tampoco pude obtener.

Es un diálogo entre el *suarra* macho y la *suarra* hembra. La filosofía indígena se revela nuevamente haciendo hablar al instrumento macho, mucho menos que a la hembra, como en el caso del *tolu*. El *suarra* macho, como el *tolu* macho, apenas emite dos sonidos que desempeñan lo que nuestro sistema tonal de occidente denomina la función tónica y la dominante. El macho habla poco, pero habla bien.

La transcripción del *salu* en partitura sería ésta :



Pero la impresión que se recibe al oír este diálogo entre dos instrumentos de timbre idéntico, tal como lo ejecutaron aquella noche Padilla y Olotibi, es muy otra. Cerrando los ojos, nadie hubiera podido decir dónde terminaba el *suarra* macho y dónde comenzaba la hembra. La transcripción más fiel sería, pues, esta que adopté en mi libreta de apuntes:



Tras un ligero descanso, Padilla y Olotibi volvieron a sus flautas de Pan y comenzaron a tocar en ellas, a recitar y a mimar el *us soedi*, que en buen romance significa la caza del conejo. En esta pieza los músicos-rapsodos echaron el resto, como suele decirse. La ejecución instrumental, como la del *noga cope* descrita arriba, es diafónica y alternada, repartíendose las quintas por partes iguales el *kantule* y el *kansueti*; pero la caza del conejo tiene, además, una parte recitada y otra parte mimada que reproducen las peripecias de la acción cinegética por ella descrita.

Transcribí lo que oía, indicando el diálogo de los dos cazadores en caracteres comunes que alternaban con la notación musical del *kamu purruí*; pero tuve que dejar por fuera la figuración mímica de este teatro indígena embrionario. La rapidez con que los indios declamaban las frases sueltas de su poema, después de ejecutar en la *suarra* los motivos rápidos de la melodía diafónica, era para todos causa de sorpresa y admiración. Éstas se acrecentaban con las incidencias variadas de la acción mímica, que tan pronto hacía caer al suelo al cazador herido como inducía a su compañero a compadecerlo, curarlo y consolarlo, sin que en ningún momento y cualquiera que fuese la posición de los actores, se interrumpiera la regularidad de la recitación hablada ni de la ejecución instrumental.





La acción musical, literaria y dramática de la cacería, se desarrolla durante horas enteras, provocando grandes risotadas las ocurrencias improvisadas de los actores, particularmente las lamentaciones del cazador herido, personaje de comedia del tipo llamado vividor que se finge herido para suscitar los buenos sentimientos de su compañero, hacerse compadecer por éste y sacar todo el provecho de la cacería sin ninguno de sus peligros e incomodidades; pero en la imposibilidad de obtener una transcripción total, me contenté con la breve muestra que precede.

Habiendo pospuesto para mi segunda excursión a las islas el acopio de los ejemplos de música vocal de los cunas, dime por muy satisfecho con las transcripciones puramente instrumentales que había tomado en este viaje, y después de distribuir unas cuantas monedas que fueron muy bien acogidas por Padilla y Olotibi, licencié esa noche a toda la concurrencia y me retiré al camarote a leer, a pensar, ¡a soñar!

La juventud india educada en Panamá sostiene en las dos islas sendos clubs o centros que fomentan la sociabilidad y el progreso. En toda comunidad humana coexisten dos tendencias opuestas que por su acción encontrada contribuyen a mantener en equilibrio las fuerzas sociales: la progresista y la tradicionalista. En la economía de San Blas, los jóvenes indios que han cursado en la Escuela de Artes y Oficios o en el Instituto Nacional de Panamá representan la primera tendencia; para ellos el *tolo* y el *kamu*, el *suarra purruí* y el *suarra suiti*, el *tete* y el *naa*, nada valen al lado del gramófono, y tienen razón

desde su punto de vista. Para ellos el *yancuilet*, el *asalecuilet* y otros *cuilets* de las islas, no pueden resistir comparación con el *fox-trot*, el *danzón* cubano, ni siquiera con el *tamborito* panameño, que ya ellos saben bailar; y vuelven a tener razón, según su criterio. Tampoco cederían una pinta de ron, de coñac o de *seco* por veinte tinajas de chicha mascada. Es la ley de la juventud: ¡marchar hacia arriba y hacia adelante, crecer y florecer!

Para contrarrestar estas tendencias, que solas podrían engendrar peligros para la comunidad, hay otras que se encargan de resistirles y de conservar la experiencia y los tesoros acumulados por las generaciones que nos han precedido en la vida. Ellas preservan la historia de los pueblos, sus tradiciones y sus características, defienden el saber adquirido, la riqueza acumulada y transmiten ese legado a las generaciones venideras como base de la sabiduría y de la riqueza futura. Su utilidad es manifiesta y los jóvenes deberían tenerlo muy en cuenta para que las dos tendencias se hostilizaran lo menos posible en beneficio de la comunidad.

Yo comparaba esas dos energías opuestas a las que gobiernan y aseguran la nutrición de los organismos. La energía o corriente vital que viene de fuera; la que el sol y las lluvias imparten a la vida vegetal y animal; la que ejercen los libros y las enseñanzas sobre el espíritu del hombre; la de las civilizaciones extranjeras sobre las costumbres nacionales, etc...; son influencias externas que obran en determinada dirección y favorecen el progreso de los individuos y de las naciones. Pero al lado de ésta, hay otra corriente de energía que irradia en sentido inverso, de adentro hacia afuera, del centro a la periferia. Es la obra de la madre tierra que en su inmenso laboratorio fabrica los jugos vitales, las sustancias esenciales que perpetúan el devenir de las plantas y de los seres animados. Es la personalidad propia de los hombres, las razas y los pueblos; es su yo soberano que se afirma en frente de las fuerzas externas y lo preserva de desaparecer por absorción.

Esta última era la función que yo asignaba en el proceso de la evolución social a los depositarios de las tradiciones nacionales, re-

gionales o de tribu, esto es del saber popular. Esa función no se opone al progreso; simplemente lo restringe haciéndole sentir que él no es lo único en el mundo, donde también hay lugar para actividades, ideales y fuerzas no menos legítimos y poderosos.

Penetrado de esa convicción, me afané ese día por reunir a los representantes más autorizados de ambas tendencias. Yo no llevaba carácter público, mandato ni delegación de ningún poder del Estado para proceder en esa forma. Actué por mi propia y soberana voluntad, inspirado en el bien general y cediendo a una irresistible vocación. La reunión se efectuó en el Club de Narganá. Quise codearme con aquellos compatriotas de otra raza, de otra lengua y de otras creencias; oír directamente sus quejas, si las tenían, y palpar sus aspiraciones. Allí estaban Charles Robinson, *saila* de Narganá y Agente de Policía Colonial del Gobierno de Panamá; Alesio Iglesias, hermano del infortunado Claudio Iglesias, otro *saila* que pagó con la vida su lealtad al Gobierno de la República, y muchos otros indios, ancianos y jóvenes. Samuel Morris servía de intérprete y en mi nombre expuso los buenos sentimientos que me animaban hacia ellos, mis compatriotas y hermanos. Hubo entonces un movimiento de sorpresa entre los indios; no estaban acostumbrados a tratamientos de esa clase.

—“Hay entre vosotros mismos” —seguí diciéndoles por mediación de Morris— “un mal entendido que conviene cuanto antes desaparecer. Los jóvenes de las islas se quejan de que los ancianos son poco comunicativos, que rehúyen enseñarles las tradiciones, los cantos, la mitología de la tribu, alegando que no tienen todavía la edad suficiente y que si se les comunicaran estos secretos antes de llegar a viejos, los jóvenes no tardarían en morir. Los viejos se quejan a su vez de que los jóvenes no les demuestran el respeto debido, sino que por el contrario no pierden ocasión de hacer mofa de ellos y de todas sus cosas. Esta situación es inconveniente. Yo me permitiría aconsejarles a unos y otros un poco de tolerancia y buena voluntad para que convivan mejor.

“Los ancianos que se niegan a transmitir sus conocimientos a los jóvenes, no se dan cuenta del daño moral que sin quererlo le están

causando a su tribu y a su raza. Ellos son los depositarios de los secretos, de la mitología, de las leyendas y de la historia de los cunas. Pero como ignoran la escritura, no tienen manera de hacer llegar esos hechos a conocimiento del mundo exterior y acarrearle de ese modo honor y prestigio a sus héroes y a sus prohombres. Los jóvenes por su parte, desestimando la importancia social de sus tradiciones y la elevada función que incumbe a los ancianos de su tribu, hacen cada vez más difícil, con sus burlas, la comunicación entre unos y otros y retardan inútilmente la fijación por escrito de los elementos históricos, mitológicos y de todo orden que constituyen el acervo de la actual civilización cuna.

“Esta civilización es importante, a juzgar por lo poco que de ella se ve y se sabe, y nosotros los panameños queremos conocerla a fondo para nuestra propia satisfacción, porque hace parte del patrimonio nacional; queremos que los ancianos y los jóvenes de las islas y del continente, no sigan confiando esos datos a la memoria, que es frágil, y que a cada generación que pasa no se pierda ni se olvide una buena parte de ellos; queremos, además, que se haga el inventario de la sabiduría cuna para que ancianos y jóvenes puedan establecer una comparación entre lo que ella es y lo que es la sabiduría del resto de la República y la de los otros pueblos de la tierra que las escuelas y colegios de la nación imparten por igual a toda la población escolar”.

Robinson recordó con cierta amargura que en otras ocasiones la República había adoptado una política destructiva de las tradiciones y los objetos del culto indígena y expresó satisfacción y gratitud por las palabras inesperadas que acababa de escuchar.

No se quedó atrás Alesio Iglesias, quien agregó que los indios todos, jóvenes y viejos, no tardarían en ponerse en contacto siguiendo mis exhortaciones.

Un indígena cuyo nombre no pude saber deploró los atentados contra los usos, costumbres y tradiciones que se habían recordado allí esa tarde; pero hizo presente que cuando aquello se hacía, se abrían también en San Blas las primeras escuelas, llegaban allá los primeros vapores y otros elementos de progreso y se creaban en Pa-

namá las primeras becas oficiales para indígenas. Por lo visto, los cunas llevan bien su contabilidad política y moral.

Del resultado práctico de esta reunión nunca más volví a saber; pero su efecto en aquellos momentos fue considerable.

La tarde caía cuando la asamblea se desbandaba.

Aquella era mi última noche en Narganá. Desde lejos el local del Club aparecía tachonado de luminarias. Festones de bombillos multicolores surcaban el espacio en todas direcciones y descendían por los horcones exteriores que sustentaban el cuadro de la casa. Hojas de palma, en profusión. Telas estampadas con los colores de la bandera nacional decoraban las paredes, vestían las barandas, daban vueltas a los horcones y colgaban del techo en forma de gallardetes. El gramófono llamaba a las gentes con sonoridades metálicas y nasales, y todo Narganá se aprestaba a hacer acto de presencia en el torneo de civilidad y cultura organizado esa noche por la juventud indígena en honor de los huéspedes de la Isla. Puente de por medio, el Club del Corazón-de-Jesús rivalizaba con su vecino en luces, sonidos y ornamentos y le disputaba palmo a palmo visitantes y parejas.

Cuando las luces se apagaron, los ruidos cesaron y las sombras y el silencio cayeron como sudarios sobre las islas gemelas, uno de mis compañeros de viaje, y de los más importantes, en cuya mirada se leían los estragos de un profundo drama interno, me llamó aparte y en la quietud de la noche me hizo esta confesión laica, digna de ponerle fin a este capítulo:

—“Amigo mío, en mi aparente tranquilidad hay una agitación que me devora y no me deja discurrir con lucidez. Perdóneme si divago o desvarío. Todas las imágenes que se forman en mi cerebro son interrumpidas por una visión interna, casi una obsesión, que no puedo evitar ni dominar. ¿Recuerda Ud. la audición de los *kantules* en el comedor del *Panquiaco*? Pues bien, una hija de las islas, una india cuna que lleva incrustado en sus ojos de misterio el pasado trágico de su tribu, me miró varias veces durante el concierto con la misma dulzura y profundidad, se lo aseguro a Ud., que debieron de llevar las primeras miradas de Fulvia para Balboa. Esa noche al retirarme apa-



Población indígena

gué la luz, entorné los ojos y apelé al sueño en demanda de olvido, y apaciguamiento. Pero el sueño no acudió a mi llamado sino con intermitencias y sobresaltos que hacían mil veces preferible la vigilia. Al rayar del alba, me escapé bruscamente de mi lecho de Procusto, que en eso se había convertido la humilde litera del *Panquiaco*, y empecé a recorrer la isla a grandes zancadas, solo y desesperado, tratando de hallar en el ejercicio corporal y en el rocío fresco de la mañana el equilibrio del espíritu que me negaban a porfía la meditación y la voluntad.

“La caminata matinal calmó mis nervios y aguzó mi sensibilidad afectiva, inspirándome un profundo amor de la naturaleza y de los seres animados, como el que Ud. predica... ¡cómo me acordé de Ud.! Los bohíos dormidos y silenciosos, las palmeras que se sacudían y desperezaban con las primeras brisas del golfo, las canoas desiertas, cuyos flancos golpeaba la ola al crecer la marea, las aves cuyo vuelo rasgaba el cielo en esa hora de beatísima quietud, los cangrejos viscosos que salían de los hoyos abiertos en el arenal de la playa, todo despedía efluvios de una dulce y envolvente poesía, todo me hablaba el lenguaje cariñoso de las almas amigas, y una onda de intenso panteísmo circulaba activamente en torno de mi personalidad, subyu-

gándola y embargándola. Pero esta noche, cuando nuestro grupo penetraba al local festonado y embanderado, los ojos de Fulvia rediviva, causantes de los trastornos de la víspera, reverberaron en la semi-obscuridad como un par de cocuyos. Era fácil localizarlos en un grupo apostado a pocos pasos de allí. No me sentí con fuerzas para resistir y como atraído por un imán, me encaminé solo al lugar del misterio y de la tentación. Fulvia, como he querido llamarla sin detenerme a averiguar su verdadero nombre, estaba allí esperándome, inmóvil y silenciosa, dulce y profunda en su mirar, y tan segura de su poder magnético como si lo recibiera de manos de la fatalidad”.

“—Regrese al Club —me dijo—, que el baile es en honor de Uds. y van a sentirse desairados los organizadores”.

“—Es verdad —repliqué”.

“Pero antes estuve un largo trecho mirando aquellos ojos inescrutables, como si quisiera hartarme de ellos. El hechizo había hecho su obra, amigo Garay, en forma tal que contrarrestarlo fue vano empeño”.

“Yo aparecía a ratos en el salón del Club para perderme enseguida en la penumbra circundante. Bailaba maquinalmente con las muchachas indias, tratando de olvidar y distraerme, pero mi pensamiento no estaba conmigo; se había quedado cerca de allí, cercenado de mi cuerpo y de mi voluntad... Por fin nadie me vió reaparecer, y no me pregunte lo que pasó. Toda mi alma desbordaba por el dombo de la bóveda estrellada, presa de un supremo acceso panteístico y arrastraba a la amiga predilecta en su divino vuelo sideral. No viajábamos en el barco del sol ni de la luna, como los espíritus de las pictografías cunas comentadas por el Barón Nordensjöld; pero parodiando el lindo tropo indígena, puedo decir que nuestra pareja embarcada en alguna estrella de las muchas que parpadeaban esa noche a traves del infinito!”

La expresión de beatitud seráfica que presentaba en esos momentos el rostro de mi inesperado penitente, me llevó de instinto a esbozar con la diestra un gesto simbólico que pronto reprimí para no usurpar ajenas atribuciones; pero, a la verdad mi confidente merecía la plena absolución y me dolió carecer de poder para otorgársela.

## Chiriquí

— “¡Aló, aló!”

— “¿Quién habla?”

— “De la Policía, de parte del Comandante Arango, que esta noche a las 9 sale el *Panquiaco* del muelle de Balboa para Puerto Armuelles y hay que ser puntual”.

— “Entendido”.

La comitiva oficial encargada de inspeccionar y recibir los trabajos del muelle de Puerto-Armuelles (punto terminal del nuevo ferrocarril que comunica a David con la admirable bahía de Charco Azul) embarcaba a las nueve de la noche con el Secretario de Gobierno y justicia a la cabeza.

En mi carácter de Agregado folklórico —cargo que no reconoce la Ley panameña pero que por ser honorario tiene tanto derecho de existir como otros de orden diplomático que están en su mismo caso— no quise hacerme esperar y fui puntual a la cita.

El cambio de decoración era esta vez completo. Los dos únicos camarotes del *Panquiaco* no alcanzaban a albergar la gente, y quedaron reservados para la comitiva oficial. El Comandante de Policía, Coronel Ricardo Arango J., galantemente contravino esa disposición cediéndome su litera y durmiendo todas las noches en catre de campaña a la intemperie. Los Estados Mayores de la Secretaría de Gobierno y Justicia y de la de Agricultura y Obras Públicas traían tal cargamento de provisiones de boca que aparecía a mis ojos como si el viaje a San Blas simbolizara el tiempo de las vacas flacas, en comparación con el viaje actual que representaba el tiempo de las vacas gordas.



Iba a recorrer parte de la Provincia de Chiriquí; mejor dicho, iba a vivir en su propio ambiente mis lecturas sobre esa región de nuestra República, asiento que fue de una asombrosa civilización precolombina: la de los guaymíes; iba a estudiar a la ligera ese centro de tradiciones y actividades que datan, las unas, de la época colonial española; las otras, del régimen colombiano, y que son todas mezclas interesantes de elementos étnicos peninsulares y de elementos americanos autóctonos.

La revelación de la antigua cultura guaymí, de esa raza que puebla todavía las sierras chiricanas, data apenas de mediados del siglo pasado. Exploradores chiricanos y centroamericanos fueron los primeros que involuntariamente contribuyeron a aumentar nuestros conocimientos acerca del habitante primitivo de la América Central. No los guió a ello ningún fin científico, histórico ni cultural. Los guiaba la ambición de dinero, el afán de descubrir el antiguo mineral de la Estrella que tan pronto se decía ubicado en Cañas Gordas como en otros lugares de la Provincia. Las exploraciones atrajeron pronto la atención de los extranjeros y quizás avivaron en ellos la sed de riqueza. Los periódicos y las revistas de Europa y Norteamérica comenzaron a publicar descripciones de esa región y de los trabajos que en ella se hacían. La mina de la Estrella no aparecía por ninguna parte, pero otras muchas minas habían surgido en su lugar: la exhumación de los sepulcros indios había puesto en descubierto una cantidad enorme de tesoros de alto valor intrínseco, histórico, arqueológico y etnográfico. Los descubridores obtenían provechos pecuniarios de mucha consideración vendiendo al peso los objetos de oro que compradores ignorantes fundían después, destruyendo el documento histórico y la obra de arte del orfebre indígena.

La alfarería, las esculturas en piedra, en una palabra, lo que no era oro inmediatamente comerciable, se destruía sin piedad. Los museos de arqueología y etnografía y los coleccionistas del mundo entero comenzaron a dar el grito de alarma y a entrar en comunicación con el nuevo centro de investigaciones, ora enviando agentes al teatro mismo de los acontecimientos, ora estableciendo correspondencia con

residentes del lugar. Así fue como desde 1859 se publicaron los trabajos de Squier y Meagher en *Harper's Magazine*, de Merritt y Bateman en el *Boletín de la Sociedad Americana de Etnología*; los de Zeltner en 1866 (notas sobre las sepulturas indias del departamento de Chiriquí, Estado de Panamá), y de Pinart sobre Bocas del Toro y el Valle de Miranda en el *Boletín de la Sociedad Nacional de Geografía de París*, 1885.

Sobre estos tópicos, principalmente, rodaron mis conversaciones con los compañeros de viaje. Algunos de estos habían tenido en otros tiempos negocios de *huaquería*<sup>7</sup> y recordaban esas cosas con interés. Tal era Don Antonio Anguizola, antiguo Gobernador de la Provincia y político de gran prestigio.

La sensibilidad de los pasajeros era puesta a prueba por los cazadores de tiburones que se divertían haciendo disparos de revólver desde la borda del buque y cuando menos se esperaba; pero nadie se quejaba: no había señoras a bordo.

El barco había avanzado hasta la altura de las Islas Paridas. Punta Mala con su oleaje siempre agitado no amenazaba sin embargo la felicidad del viaje. Pronto quedó atrás también la Isla de Muerto que traía a los viajeros el recuerdo de los casos de doble sentido a que daba lugar el nombre de la isla cuando se usaba en telegramas de negocios o de familia: “mañana llegaré Muerto” o “esperaré Muerto a tal hora”...

El *Panquiaco* puso proa a Puerto-Armuelles y no tardó mucho en avistarlo. Desde lejos el panorama de la bahía y de las obras del muelle nos impresionó favorablemente. Bastaba recordar la entrada al puerto de Pedregal, el largo estero que lo precede y al cual sólo acceden vapores de un calado mínimo, para darse cuenta de los beneficios que traerá al comercio de Chiriquí, a sus habitantes y principalmente a los de la cabecera de la Provincia, la habilitación de Puerto-Armuelles al comercio marítimo exterior y la construcción del muelle de hormigón que los ingenieros oficiales iban a inspeccionar y a recibir de los contratistas.

<sup>7</sup> Industria que consiste en explotar las *huacas*, nombre indígena de las sepulturas.

Yo estaba bien enterado de las triquiñuelas de la política local y comprendía que más de un pasajero no veía todo aquello bajo otro prisma que el de la ganancia comercial atribuida a la Compañía contratista, con el dolor o el despecho con que la democracia suele mirar el bien ajeno o lo que reputa de tal.

Lo mismo ocurría con la *United Fruit*, otra Compañía que había tomado a la Nación en arriendo el muelle nuevo y grandes extensiones de territorio en la Provincia de Chiriquí. El solo nombre de esta Compañía hacía arder en santa indignación el patriotismo de algunos pasajeros que veían en ella el símbolo de la absorción comercial, pero que no censuraban a los Gobiernos centro y sudamericanos por sus condescendencias y contemporizaciones con el capital extranjero.

O Panamá y las Repúblicas centroamericanas se resuelven a vivir sin la ayuda del capital de fuera, para lo cual sólo tienen que imitar la política internacional de los indios del Chucunaque, o hacen frente de lleno a las contingencias de la civilización y abren las puertas al capital importado, pero reglamentándolo, controlándolo, impidiendo que cese de ser un bien para convertirse en un mal. Mientras nuestros países no se pongan a la altura de sus destinos; mientras pasen la vida de festín en festín y de queso en queso, como el ratón de la fábula, sin la conciencia clara del peligro y de la obligación, el capital extranjero se introducirá por todas las posiciones que encuentre desamparadas y tratará de sojuzgar, de dominar, de imponer y mandar. Ahora bien, del mal el menos. Entre cerrar el país al progreso, como quiso el Dr. Francia en el Paraguay, viviendo en el estancamiento y la incomunicación, y dar acceso al capital y a la iniciativa extranjera, descuidando la defensa inteligente de los intereses nacionales, todavía es preferible el último extremo, que siquiera fomenta el trabajo, la vida y la lucha. Lo que no acierto a explicarme todavía es el porqué de esta indeclinable alternativa; ¿por qué ha de condenarse a Panamá, a Costa Rica, a Guatemala y a todos los países que tienen dentro de sus fronteras el arduo problema de las grandes “corporaciones” extranjeras, a no cumplir con el deber de elemental patriotismo que tienen de precaverse contra el abuso del capital, no dejándolo que tome una

expansión inmoderada capaz de poner en jaque los intereses del Estado y la soberanía de la Nación?

A las autoridades oficiales, principalmente, corresponde esa vigilancia, y si faltan a ella o son flojas en el desempeño de su cometido, ellas son responsables, mucho más que las Compañías extranjeras que no vienen a consolidar nuestra soberanía —aunque tampoco deben venir a destruirla— y pueden hasta cierto punto permitirse en el manejo de sus negocios lo que el Derecho romano llamaba el buen dolo, *dolus bonus*, la viveza natural que desarrolla el comerciante para sacar ventaja de la debilidad o inferioridad de la contraparte.

Si la opinión pública y el Gobierno de la Nación, —razonaba yo *ad absurdum*— toleraran, por ejemplo, el soborno directo o indirecto de sus agentes por las llamadas “corporaciones” extranjeras, a quienes aquéllos debían fiscalizar, es claro que las Compañías no volverían a reconocer más ley que su voluntad; pero un país donde semejante estado de cosas existiera, estaría ya corrompido hasta la médula y cuanto se hiciera por regenerarlo sería tiempo perdido.

Ya el *Panquiaco* arribaba al espléndido muelle de Hormigón y los pasajeros esperaban impacientes el momento de saltar a tierra cuando yo articulaba estas últimas palabras, escuchadas con relativa indiferencia. Viéndome en mora, fui al camarote y me di gran prisa para alistarme y desembarcar.

Puerto-Armuelles tiene delante de sí un inmenso porvenir. Es hoy un lugar de jornaleros y de oficinistas. A la verdad, es casi un feudo de la Compañía Frutera, pues según entendí, el propio Gobierno Nacional todavía no tenía allí locales adecuados para hacer sentir en debida forma su potestad y jurisdicción. De Puerto-Armuelles a Concepción, la vía férrea sólo atraviesa campos bananeros de la *United Fruit*. Hace muchos años que una compañía de mormones norteamericanos construyó a su exclusivo costo un ferrocarril entre Progreso y Concepción cuyo trazado cruza a trechos la nueva vía y es todavía perfectamente reconocible.

Nuestra caravana llegó a Concepción, hizo en esta ciudad una corta parada y siguió rumbo a David en dos carros motores puestos a

nuestra disposición por el Ferrocarril de Chiriquí, que es de propiedad de la Nación.

En David se disolvió la caravana. La comitiva oficial desarrolló su programa de acción y puse en ejecución el mío propio que comprendía la ascensión del cerro Pabón hasta llegar a las alturas de Soloi, donde impera el Gobernador indígena Sandalio Vejarano. Me ayudó eficazmente en este empeño el señor Contreras, Gobernador de Chiriquí; y el señor José R. Guizado, ingeniero jefe de esa sección de la junta Central de Caminos me facilitó la lancha a motor de gasolina que me condujo a Horconcitos y me trajo de allá.

Las etapas del viaje terrestre eran: Horconcitos, Boca del Monte, Sábalo, El Pabón, Quebrada de Hacha, Higuerones y Soloi. Quería ponerme en contacto con los indios de la región, como había hecho en San Blas: conversar con ellos, observarlos, respirar su propio ambiente unas horas siquiera. Era todo lo que permitían las circunstancias, pues el *Panquiaco* regresaba a Panamá tres días después, indefectiblemente.

Horconcitos está lleno de Cuevas, pero no de las de Rolando. De la posada de la viuda de Cuevas, madre de Claudina Cuevas, salí sin pérdida de tiempo acompañado de Antonino Cuevas, Alcade del Distrito. Después de diez años de no montar a caballo, seguí con mi guía por todo el camino real sin otro panorama que los llanos agostados del campo tropical durante la estación seca. Mucho sol, poca brisa, ninguna agua. La aparición del río Fonseca, que atravesé varias veces, una de ellas con grave riesgo de darme en él un baño de cuerpo entero, puso una nota de frescura en el seco y tórrido paisaje. La noche nos alcanzó en Higuerones, donde tuvimos que pernoctar, a una hora apenas de camino de Soloi. ¡Adiós Sandalio! ¡Adiós Soloi! Pero otro Vejarano, de nombre Román, casi tan pintoresco como el de Sandalio, vino a reconciliarme con la suerte. Román Vejarano no era Sandalio ni Gobernador, e Higuerones no era Soloi pero Román había sido muchos años Juez de indígenas y Alcalde de Higuerones y de Boca-de-Hacha. Criado en casa de familia panameña en David, se consideraba más “gente de color” que indio. Entre los indios chiricanos

la “gente de color” no es la negra ni la mulata, como en el resto de la República; con esa expresión designan ellos tanto a los blancos como a los negros, en contraposición a los indios, única gente que en su concepto carece de color.

Desmonteme con grandes trabajos y penalidades; después de cinco horas de cabalgata, apenas podía tenerme en pie. La plaga de jején era abundante en Higuerones, y confundiéndola con la del mosquito ordinario, dolíame de antemano de la mala noche que me esperaba. Román me tranquilizó, sin embargo, asegurándome que al cerrar la noche desaparecería la plaga, y así sucedió en verdad.

No solamente el paisaje de estas sierras era enteramente distinto al del archipiélago de San Blas; las costumbres y hasta el tipo humano también lo eran. En vez de los bohíos apretados unos contra otros; en vez de las calles trazadas a cordel, como en Narganá Corazón-de-Jesús, aquí no existían poblaciones densas sino ranchos diseminados en la serranía y distantes unos de otros a veces una milla, a veces más. La tierra no es lo que falta al indio, pues puede disfrutar de ella con largueza. Su condición es en parte la resultante de su situación geográfica. Ellos tienen, como el cuna, la aspiración a la independencia —¡y pobres de los hombres que no la tienen!— pero les ha faltado la salida al mar y con ella el contacto del mundo exterior, de las gentes, los productos y las ideas de otros pueblos. Buscan el intercambio comercial en las ciudades y se retiran a vivir en sus montañas, como los señores londinenses que en el día comparten el tráfico intenso de la *City* y en la tarde emigran a los campos vecinos a disfrutar de la quietud del *home*.

El bohío de Román no carecía de ninguno de los atributos de la vivienda indígena. Los vestigios de las civilizaciones americanas prehistóricas, allí se hallaban: el pilón de madera, coetáneo de la *chicha*, cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos; el *metate* y la mano de piedra, sin los ornamentos artísticos con que el escultor guaymí solía revestir y embellecer los utensilios más necesarios y prosaicos; los sitiales y escabeles que la decadencia de los tiempos no hacen ya de piedra labrada con fantasías zoomórficas inspiradas en

motivos de jaguares y monos, como en otras edades, sino de madera lisa y tosca; el *lorón* a que accédese por un madero grueso en el cual se han practicado varias incisiones horizontales a manera de cremallera que permite a las gentes usarlo como escalerilla; la cama en forma de barbacoa, a tan poca elevación del suelo que se la utiliza como asiento durante el día. Colgados a la pared, como panoplias indígenas, las flechas de pescar, análogas a las que usan los cunas, y los *bodocos* de cazar, hechos de puntas de cuerno insertas en un virote, alternaban con las flautas de caña, afines de las que embocaba Títiro, el pastor de Horacio, *sub tegmine fagi*; con los caracoles marinos procedentes de Bocas del Toro y las variadas formas de ocarinas que ellos llaman caracoles de tierra. En la cocina, las *tulas* o recipientes de agua hechas de un calabazo entero, las totumas hechas de media calabaza seccionada horizontalmente, los calabacinos y las cucharas sacadas de la corteza del mismo fruto, completaban el decorado netamente indígena de la vivienda de Román.

Preguntéle si pronto tendrían juegos de *balsería* los indios de la región y contestó que no, porque el *divino* los había prohibido a causa de una epidemia de *influenza* que había diezmado fuertemente las poblaciones. *Divino* es traducción de *súguia*, palabra con que designan ellos al hechicero y médico a la vez que es su sacerdote o jefe espiritual.

*Divino* es, en este caso, aféresis de *adivino*, pues estos *súguías*, como los *neles* de San Blas, pretenden advinar los sucesos futuros y por eso los consultan los indios. Yo deseaba ardientemente asistir a una *balsería*, institución nacional de los guaymíes que ha persistido a través de los siglos y de las vicisitudes de la tribu y se juega todavía casi lo mismo que en tiempos de los conquistadores, según atestiguan las relaciones de los primeros cronistas de Indias. Pero entre mi deseo y las pragmáticas de los *divinos*, comprendí que no había alternativa, y no pensé más en el asunto. De cuanto pude conversar con Román Vejarano, Antonino Cuevas y el hermano de éste, Elías Cuevas, residente de Sábalo, concluí que aún persisten parcialmente entre los indios de Chiriquí costumbres y prácticas religiosas heredadas

de sus antepasados que la obra de las misiones y de las escuelas no ha podido desarraigar por completo. Todavía entierran al difunto, si es pudiente, con el machete, la flecha y otros atributos de su actividad; pero sobre su sepultura colocan también una cruz, no tanto para invocar la misericordia del Redentor como para ahuyentar los manes de la *tulivieja*, ser fantástico con que personifican el mal y el pecado. Hay en ello una mezcla de ritualidades aborígenes y católicas que es característica de la evolución religiosa en estas indiadas, como se las llama en Panamá porque ocupan el término medio entre la tribu o el clan primitivo y la población nativa organizada y no existe palabra española castiza con qué designarlas.

Oír mencionar la *tulivieja* y revivir en mí los recuerdos de la niñez, todo fue uno; un remoto temor me embargó el ánimo, presa todavía de los vestigios de antiguas supersticiones. La *tulivieja*, creación de la imaginación popular, hizo fortuna entre el elemento criollo y el elemento indígena de Panamá porque las tendencias al satanismo, latentes en ambas razas y en sus numerosas mezclas, encontraron una fórmula feliz que dio desde el primer momento forma concreta a las imágenes torpes y confusas con que ciertas actividades psíquicas se manifestaban en ellas.

—“Amigo Cuevas” —dije al Alcade de Horconcitos— “cuénteme el cuento de la *tulivieja* que ya tengo medio olvidado”.

—“¡Cómo va ser eso, Sr. Garay!”

—“Palabra!... mi memoria es deplorable”.

—“Porque Ud. lo dice se lo creo, y vaya de cuento la *tulivieja*”.

Y comenzó a decir:

—“Cuando el mundo estaba poblado de espíritus que aparecían entre las gentes y no se escondían como hoy en las profundidades de la tierra, uno de ellos encarnó en una preciosa moza que era la perla y el orgullo de su pueblo. Pura como el lirio, la moza no tenía pero, para los suyos ni para los extraños. Amaba, sin embargo, a un zagal del pueblo y de esos amores nació un día una criatura que la moza ahogó en el río para esconder su falta. Era un pecado muy grande y Dios lo castigó en el acto convirtiendo a la culpable en *tulivieja*, mons-



truo horrendo que por cara tenía un colador de cuyos huecos salían pelos largos y cerdosos; por manos, garras; el cuerpo de gato y patas de caballo. Condenada a buscar a su hijo hasta el fin de los siglos, pasa el tiempo recorriendo las orillas de los ríos, llamando sin cesar a su criatura con un reclamo parecido al de las aves y sin que nadie le responda jamás. A veces reasume su forma primitiva y se baña en los ríos, bella como el sol; pero el menor ruido la vuelve a su estado monstruoso y entonces prosigue su eterna peregrinación. ¡Uy, uy, uy!” concluyó Antonino Cuevas, remedando como mejor podía el canto de la *tulivieja*.

Esta versión coincidía en parte con la que yo había oído a mis ayas siendo niño. Era el cuento de la *tulivieja* según el folklore de las poblaciones istmeñas en que predomina el elemento español. Yo quería conocer ahora la versión indígena del mismo cuento y me dirigí a Román pidiéndole este favor; pero a mala puerta toqué esta vez. Román no es un indio en la acepción total de la palabra. En su educación intervinieron principalmente influencias occidentales. Criado en David hasta la pubertad, como ya dije, su mujer y sus hijos desconocen por completo el idioma guaymí; él mismo no lo habla muy bien, según confesó, y no ha podido nunca obtener que los indios al ciento por ciento, es decir los que lo son por entero de sangre y de espíritu, le revelen el secreto del juego de la *tulivieja*, que con el de la *balsería* parece ser la institución más antigua de la tribu guaymí. Probablemente alguna leyenda indígena de carácter satánico se injertó en otra española de la misma índole y juntas compusieron el mito de la *tulivieja* cuya desinencia es netamente castellana. Pero la persistencia con que se habla entre los modernos guaymíes del juego de la *tulivieja*, autoriza para pensar que también hay allí profundas y antiguas raíces indígenas (*tule* es voz cueva o cuna que significa indio), probablemente desprendidas de la ceremonia de la *fiesta clara* o *urote* que describe Pinart en relación con los guaymíes del Valle de Miranda y que otros autores llaman *claría*, *clarida* o *claridad*. Los guaymíes al ciento por ciento, o de cuerpo y alma, no hablan nunca de esta ceremonia. El mismo Pinart no pudo presenciar la que describió y agrega que los

indios guardan sobre ese particular la más profunda reserva. Sus informes tienen, pues, origen extraño, como los informes que recogí personalmente en Higuerones, y parecen evidenciar que originalmente fue esa la fiesta de la pubertad de los varones de la tribu. De antiguo esta ceremonia debió de tener el carácter guerrero que le atribuye Pinart: pruebas de vigor físico, de resistencia al dolor, de desafío al miedo en todas sus formas. Las relaciones que escuché medio siglo después que Pinart en las vertientes del Pacífico, eliminan casi por completo el carácter guerrero del juego y acentúan en cambio su carácter satánico y misterioso. Aquellos mancebos que trepan desnudos los riscos escarpados de la cordillera, que recorren durante el día leguas y leguas, que escuchan serenos e imperturbables el espantoso bramar de la *tulivieja* en la noche oscura, que persiguen en la espesura a las *thungumias* desnudas, como perseguían los sátiros a las ninfas del bosque, ofrecen sorprendentes analogías con los aquelarres del Broken donde se refugiaba en la Edad Media el satanismo de la época, y cuyos ritos y prácticas reproduce Goethe en la *Noche de Walpurgis* de *Fausto*.

Otra ceremonia de los indios donde se descubren rasgos de prácticas religiosas cristianas sobre sedimentos idólatras de los aborígenes, es el *agüito*. Obsérvese que no se dice el *agüita* y que se masculiniza, al disminuirlo, el sustantivo femenino agua. *Agüito* se llama la bebida de granos de cacao hervidos en agua que se sirve en esta ceremonia, a la cual ha dado su nombre. Ella participa del carácter de las rogativas de los católicos, en el sentido de que se la celebra para pedir al Cielo que ahuyente las plagas de la agricultura, que haga cesar las epidemias y las epizootias, y, participa, además, del carácter de la *chichada* de cacao, baile indio en que se distribuye infusión de cacao en vez de la chicha de maíz y que Pinart menciona también en sus trabajos sobre los guaymíes; pero a diferencia de la *chichería de cacao*, en el *agüito* no se baila ni se distribuyen bebidas fermentadas. Se conversa solamente en la reunión y se suspende todo trabajo mientras ella dura. Es casi una ceremonia de ayuno y su duración la señala siempre el *divino*.

Celebran también la entrada a la pubertad de la mujer bañándola durante dos o tres noches y tiñéndole el cuerpo con el jugo de la jagua (*Genipa Americana*), como en las islas de San Blas. Dos cantadores animan la *chichada* con que se festeja este acontecimiento, respondiéndose uno a otro al ruido del sonajero mientras los asistentes bailan en rueda cogidos por la cintura y dando pasos hacia atrás.

Una costumbre guaymí que no tiene igual en las demás tribus del Istmo, es el matrimonio de cambio. El indio pide directamente la mano de la novia al padre de ésta, o la hace pedir por tercera persona; pero debe estar preparado para suministrar a su turno una mujer de su familia: hermana, prima, hija o nieta, a un familiar de la novia: hermano, primo o tío, nunca al padre. Si el novio cumple con esta obligación, no enajena su libertad; pero si no tiene *cambio* que dar, entra inmediatamente al servicio del suegro hasta que éste muera, como en San Blas.

Un detalle curioso de las costumbres guaymíes: el marido nunca se atreve a mirar de frente al suegro, como si tuviera conciencia de haber cometido respecto de él un desacato imperdonable. Cuando tiene que hablarle, lo hace de espaldas o en otra posición, pero sin mirarle la cara. Ésa es su manera de concebir el pudor. A Vejarano y a los Cuevas debo los datos que anteceden, los cuales me apresuré a anotar en mi cartera satisfecho de haber aprendido cosas que no dicen en sus escritos ni Pinart ni otros exploradores extranjeros, ni siquiera el panameño Aquiles Vanucci en sus crónicas sobre indios de Chiriquí y Veraguas.

Román quedó encargado de transmitir a Sandalio, el Gobernador de Soloi, un saludo de mi parte con expresiones de pesar por no haber podido llegar hasta él; y con algunos presentes de rigor, me despedí de Román. Rehice entonces en sentido inverso, llevando siempre a los Cuevas por delante, el mismo itinerario de la víspera. Llegamos a Horconcitos a mediodía y a Pedregal en la noche.

En David me esperaban importantes sucesos: una fiesta diurna en la Escuela Normal Rural y un baile nocturno de gala en el Club David, amén de ciertas manifestaciones espontáneas del folklore chiricano que anoté y comenté en mi libreta de apuntes.

Mi antiguo discípulo y amigo el Dr. Gilberto Ríos me rindió esa tarde el homenaje sentido de la Escuela Normal Rural que él dirige organizando en mi obsequio una pieza teatral que representaba escenas de las juntas de los campesinos panameños. La junta es una verdadera institución nacional panameña. No hay rincón de la República donde no se la practique; indios, blancos y negros, a todos es común, de donde infería yo que debía de ser una costumbre india aceptada de buen agrado por los españoles, como tantas otras que a la larga y pacíficamente impuso la raza subyugada a la raza conquistadora.

La embarra del bohío, por ejemplo, es materia de *junta* en el pueblo. El trabajo se distribuye entre todos los vecinos desde el clarear del alba y en la tarde está terminada la embarra de la vivienda. El propietario provee la alimentación para los vecinos y la música, la chicha y el *seco* para el baile popular con que remata esta fiesta de carácter socialista o comunista. La deliciosa geórgica en forma teatral representada por los alumnos de la escuela de David tenía tal frescura bucólica, tanto sabor de idilio, que no resistí al deseo de obtenerla por escrito después de que la hube escuchado. Por su carácter netamente pastoril, por su alternación de escenas habladas y cantadas y por la introducción de intermedios instrumentales, me recordaba los *jeux*



Escolástica en el centro, Cipriana va por agua y Magalena trae los tamales

NARCISO GARAY



Escolástica se quema el dedo

*partis* de los troveros medioevales, sobre todo la famosa pastoral *Robin et Marion* de Adam de la Halle que en la historia del arte lírico-dramático se considera como la obra precursora de la moderna ópera-cómica. Bien haya el autor o la autora de esta égloga chiricana, ingenua y primitiva, toda impregnada del “sabor de la tierruca”.

### LA JUNTA.

*(La escena representa una ranchería a la salida del camino que va al campo donde ha trabajado la junta.)*

### ÑA ESCOLÁSTICA

*(revolviendo una lata de chicha mojosa <sup>8</sup>.)*

—A esta chicha le hace *farta durce* <sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Chicha de muy fuerte fermentación.

<sup>9</sup> Andalucismos comunes y corrientes en América, por *falta dulce*.

Cipriana, hija, *traéme*<sup>10</sup> la *raspaúra*<sup>11</sup>.

**CIPRIANA**

(*entrando con una raspadura  
envuelta en su bijao*<sup>12</sup>).

—Aquí tiene Ña Escolástica. Durce blanquito de Potrerillos.

**ÑA ESCOLÁSTICA**

—“Y qué espesa que me ha quedao (*vierte las últimas gotas de agua contenidas en la tula*<sup>13</sup>). Cipriana por vía<sup>14</sup> *tuyita*<sup>15</sup>, *traéme*<sup>16</sup> una poca de agua de la quebrá<sup>17</sup>”.

**CIPRIANA**

—¡Cómo no! Ña Escolástica. Voy. Horitica<sup>18</sup> toy aquí. (*Se pone la tula, en la cabeza y se va.*)

10 *De traedme*, tratamiento de segunda persona del plural, muy común en el pueblo del Interior, en combinación con la segunda persona del singular *tráeme*.

11 *De raspadura*, nombre istmeño de la panela, bloque de azúcar moreno de la miel de caña.

12 Hoja de bijao en que suele envolverse la *raspadura*.

13 Tula, vaso o recipiente de calabaza.

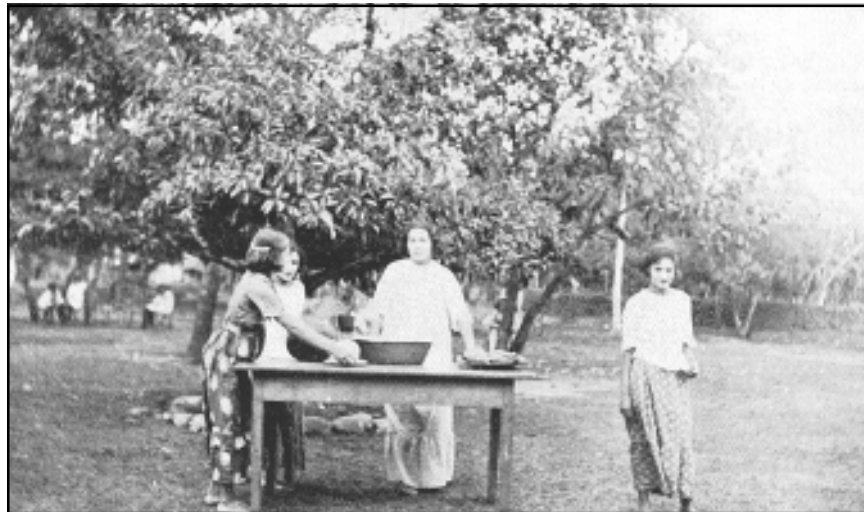
14 Vida, por desilución de la d.

15 El pueblo convierte en diminutivos los pronombres posesivos en señal de cariño.

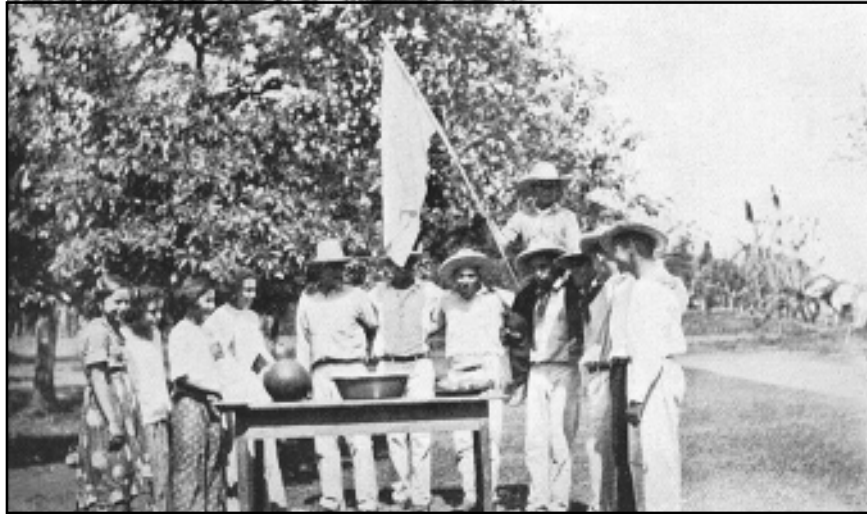
16 *De traedme*, tratamiento de segunda persona del plural, muy común en el pueblo del interior en combinación con la segunda persona del singular: *tráeme*.

17 Quebrada, voz americana equivalente de arroyo o riachuelo.

18 Aféresis de *ahoritica* diminutivo americano de ahora.



Evarista trae la capitana



Los mozos salomando

(Entra por el lado opuesto Magalena <sup>19</sup> con una batea de tamales en la cabeza.)

**MAGALENA**

—Aquis tan <sup>20</sup> los tamales, Ña Escolástica; los acabo de sacar de la paila. Repare, hasta que *jumean* <sup>21</sup>.

**ÑA ESCOLÁSTICA**

—Ponélos <sup>22</sup> acá. ¡Pa ve! (*Trata de abrir uno y se quema*). ¡Aho! ¡Magalena, que quema! Esto ta jecho <sup>23</sup> con candela.

**MAGALENA**

—¡María Santísima, sea por Dios! Pa soplá (*le sopla el dedo mientras Ña Escolástica brinca y chasquea el dedo*). ¿Y Ud. yas ta <sup>24</sup> lista, Ña Escolástica?

**ÑA ESCOLÁSTICA**

—Jésu, *fartara* más, que me cogiera er toro. Repara: chicha fuert'e

19 Simplificación popular de Magdalena y afín fonético de Magola.

20 Contracción de *aquí están*, por elisión de la e.

21 Jumean, aspiración excesiva de la h de humean.

22 De ponédlos, segunda persona del plural del imperativo, en combinación con ponlos, segunda persona del singular del mismo modo verbal.

23 Hecho, por aspiración excesiva de la h.

24 Elisión de la e, de *ya está*.



Ofrenda de la capitana

maiz nació, chicha fresca' e maiz tostao, golifardo <sup>25</sup>, pujillo <sup>25</sup>.  
(*Entra Cipriana con la tula llena de agua.*)

**CIPRIANA**

—Aquis ta l'agua <sup>26</sup>. (*Pone la tula en la mesa y se acerca a los tamales.*)

**ÑA ESCOLÁSTICA**

—Cuenta <sup>27</sup> te quemáis que yo me ardí. (*Impaciente.*) ¡Y Evarista que no parece! ¡La gente al llegar y sin capitana! <sup>28</sup>.

*Se oye lejano el salomar <sup>29</sup> de los mozos que vienen del campo.*

**ÑA ESCOLASTICA**

—Magalena, jita <sup>30</sup> por caridá, anda por la capitana. (*Magalena no se mueve*) ¡Jesú, anda! parecí qu'estái movía <sup>31</sup>.

25 Golosinas locales.

26 Elisión de el agua.

27 Cuenta, vieja interjección castiza equivalente de cuidado.

28 Capitana, pieza de resistencia del banquete campestre que sucede a la junta.

29 Salomar, epéntesis de salmar, verbo castellano que significa cantar salmos, pero que en el Istmo significa cantar sin palabras vocalizando en los registros de falsete y de pecho alternativamente, al estilo de los tirolianos.

30 Jita, aféresis de hijita.

31 movía, chiricanismo equivalente a tiesa, rígida.



1

—Ya voy, ya voy.

—¡Aquí 'stá la capitana! (*Se oye muy cerca el salomar de la junta*).

(colocando a las muchachas).

—Vos aquí, acá vos, que se vea la capitana.

—

—

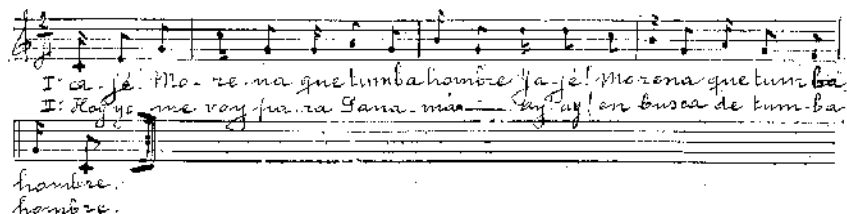


El tamborito final

A como <sup>32</sup> te entrego la capitana,  
Te entrego mi corazón.

*(El dueño de la junta toma la capitana y entrega la bandera a Evarista cantando la siguiente mejorana del género llamado zapatero.)*

Cumplidas ya las ofrendas recíprocas de la capitana y la bandera, hombres y mujeres se entregan a las expansiones del baile y del canto al són de este *tamborito*:



Esa noche abría sus puertas el Club David para recibir a la sociedad chiricana, para brindar su hospitalidad a los viajeros de la capital de la República y para bautizar la bandera del Carnaval ya cercano. Por una graciosa y cortés deferencia hacia mí, las señoritas de la so-

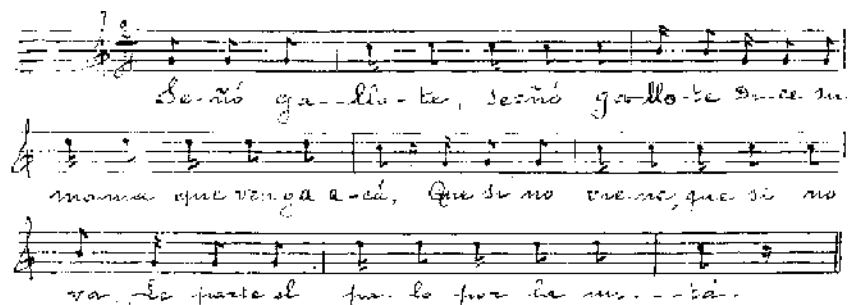
32 A como, solecismo local, mixtura de a la manera como y de como a secas.

ciudad davideña bailaron y cantaron algunos tamboritos entre los *fox-trots*, vales, pasillos y danzas del programa. El garbo y la donosura de la davideña no tenían rivales; yo sólo lamentaba una cosa: la falta de la pollera <sup>33</sup> sobre aquellos cuerpos frágiles y erectos; de los perendengues y tembleques sobre aquellas cabecitas de ensueño; de las cadenas chatas y los relicarios de oro sobre la albura de pechos y gargantas; del zapato de raso sobre el pie menudito y desnudo.

Creí haber retrocedido treinta años en el cuadrante de la vida y me lancé a bailar arrebatado por un torbellino de alegría y de juventud reconquistada. ¡La hermosa y memorable noche!

Las cinco de la mañana sonaban cuando platicábamos aún el Comandante Arango, Pepe de Obaldía y yo en la cantina del Club, mientras chisporroteaba el champaña en las copas de cristal y ardían en el horizonte los primeros fuegos de la aurora.

Horas después, en pleno día y en el camino entre David y un campito llamado Chiriquí orillé un grupo de chicuelos que saltaban y bailaban en el llano a pleno sol. Las palabras y la tonada eran las siguientes:



Deplorando no haber podido anotar la coreografía correspondiente por haberse dispersado muy pronto el grupo infantil, reasumió su marcha el automóvil y continué mi ruta, satisfecho de haber tropezado ese domingo con estas manifestaciones inesperadas del arte popular chiricano.

33 Traje criollo de la mujer panameña que aparece en primer término, entre las ilustraciones de este libro.

Regresando a David ya de noche, halleme en presencia de una muchedumbre alegre que llevaba una penca de palma verde adornada con cintajos, espejos, flores y estampas vistosas, como en una procesión de Domingo de Ramos. Hice detener el automóvil, bajé de él y seguí a pie en pos del gentío.

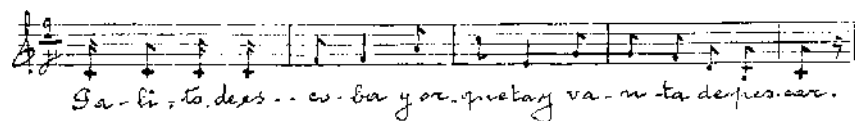
A un individuo de la retaguardia a quien logré dar alcance le pregunté qué ocurría.

—“Son los *tonos*, me contestó”.

—“¿Y qué son los tonos?”

—“Son las tonadas y los versos con que se festeja la víspera del aniversario de las personas amigas”.

Entretanto el grupo cantaba así:

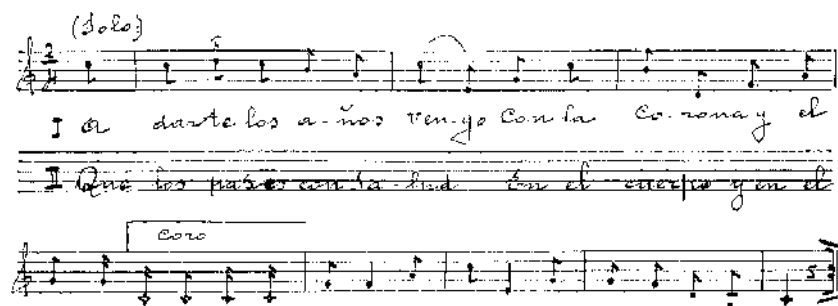


A su paso *á travers champs*, el grupo recogía nuevos adherentes que salían de sus chozas a reunírsele alegremente. El canto no cesaba y cada vez se hacía más nutrido:

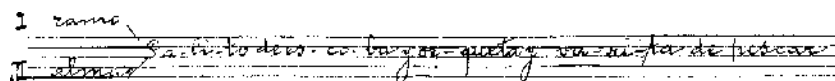
“*Palito de escoba y horqueta*

*Y Varita de pescar.*”

Al volver de un recodo del camino apareció una vivienda que tenía cerradas las puertas y estaba rodeada de personas que esperaban al grupo en marcha. Este último llegó frente a la puerta cerrada y cantó así:



NARCISO GARAY



La puerta que estaba cerrada se abrió entonces y una moza que estaba detrás de ella apareció risueña entonando a su turno la siguiente estrofa:



a la cual respondió el coro con el invariable estribillo:

*“Palito de escoba y horqueta  
Y varita de pescar”.*

La comitiva penetró en la casa de la festejada y le ofreció la corona y el ramo. Esta, a su vez, hizo distribuir la chicha preparada y empezó a resonar el tambor.

Regresé al automóvil que me esperaba en la carretera a medio construir, y cuando apoyaba el pie en el estribo, percibí la voz blanca y argentina de la *cantadora alante* que cantaba:

*“Marinero, marinero,  
Pobrecito marinero”.*

hasta que se perdió en la distancia. Meses después debía yo escuchar este mismo aire con todo sosiego en un señor tambor del pueblo de Montijo que describo más adelante.

Me consolaba de la brevedad de mi estancia en David con la seguridad que tenía de regresar a la Provincia apenas me dieran aviso las autoridades o los amigos de Chiriquí de alguna *balsería* en proyecto. Abandoné con tristeza la tierra chiricana donde alienta vigoroso el espíritu regionalista, germen y base del espíritu nacional, y me entregué de nuevo a merced de las olas, junto con mis compañeros de navegación.

Chiriquí tiene para mí grandes y antiguos recuerdos vinculados a mis antepasados. Yo mismo pasé temporadas de veraneo en la hacienda de Chorchá, en vida de mi suegro, cuando las responsabilida-

des del Estado, primero, y los vaivenes de la diplomacia, después, no me habían arrebatado el amor de las cosas del campo y las expansiones de la vida de familia. Un hermano de mi madre, tuvo negocios en David y fue de los revolucionarios del vapor *Montijo*. Mi madre y mi abuela no olvidaron nunca el viaje que hicieron a David antes de venir yo a la vida, ni la hospitalidad espléndida que recibieron allá de Don Domingo de Obaldía y su familia, sus grandes y buenos amigos de todos los tiempos.

Iba devanando estas ideas a bordo mientras participaba con los demás pasajeros en los placeres de mesa y de la conversación, pues los del baño, del deporte y de la comunicación radio-telegráfica eran imposibles en el *Panquiaco*. Sobre este último particular pregunté al Secretario de Gobierno cómo era posible que el guarda-costas nacional careciera todavía de una instalación radio-telegráfica adecuada para casos de emergencia, y el mismo funcionario interpelado compartía mi asombro a este respecto.

Venía con nosotros el ingeniero en jefe de la casa constructora del ferrocarril de Puerto-Armuelles y de las obras del muelle, un norteamericano que había servido en Francia durante la guerra mundial con el grado de coronel y era mi vecino de mesa. Varias veces discutimos el *status* del Canal de Panamá, sosteniendo yo la tesis, a mi juicio irrefutable, de que es un canal internacional, y el coronel la tesis opuesta de que es un canal *nacional* de los Estados Unidos.

En esa y otras cosas pasaron las horas y los días y cuando menos acordamos el *Panquiaco* arrió una noche al mismo muelle de Balboa de donde habíamos salido varios días antes.

